

MEDITACIONES SOBRE LA VIDA OCULTA

Geoffrey Hodson

MEDITACIONES SOBRE LA VIDA OCULTA

Geoffrey Hodson

PROLOGO

El Sr. Hodson está en lo cierto cuando dice que su obra no es un libro de texto. Dudo que pueda haber un libro de texto sobre Ocultismo, excepto hasta un punto definitivamente limitado; pues si bien hay indudablemente ciertos principios fundamentales que quienes lo desean pueden leer, tales principios no son sino los cimientos llanos para aquel estudio y experiencia que son absolutamente individuales tanto para el Instructor como para el pupilo. Ningún verdadero ocultista soñaría con escribir un libro para describir tal estudio y experiencia, pues sabría muy bien el daño irreparable que resultaría inevitablemente de hacer tal cosa.

Busca el Sr. Hodson en sus reflexiones “Sobre la Vida Oculta” presentar ciertos de estos principios fundamentales que él ha aprendido de sus instructores. No podría él hacer más que esto en un libro que está disponible al público, aunque en estos días de curiosidad desenfrenada, y en que se cree que uno no tiene sino que viajar al Oriente para entrar profundamente en las verdades del Ocultismo, encontramos chisgarabís ignorantes que publican en periódicos métodos de supuestas prácticas yógicas y retazos de ciencias ocultas.

La verdadera Yoga, el verdadero Ocultismo, es siempre para los pocos solamente, para los que han buscado a sus instructores a través de muchos largos años de prueba y tribulación, y han practicado cada detalle de aquel compendio espléndido de principios ocultos dado por la máxima ocultista de la era, H. P. Blavatsky, que dice:

“Vida limpia, Mente abierta, Corazón puro, Intelecto anhelante, Percepción Espiritual sin velos, afecto Fraternal hacia todos, presteza para dar y recibir consejo e instrucción, leal sentimiento del Deber hacia el Instructor, obediencia voluntaria a los Mandatos de la Verdad una vez que hemos puesto nuestra confianza en ese Instructor y creemos que él la posee, valeroso ánimo para soportar las injusticias personales, enérgica declaración de principios, valiente defensa de los que son injustamente atacados, y mirada siempre fija en el ideal del Progreso y la Perfección Humana que nos revela la Ciencia Sagrada --tal es la Escuela de Oro por cuyos peldaños el aprendiz puede ascender al Templo de la Sabiduría Divina”.

Esta es en verdad la Escala de Oro por cuyos peldaños el aprendiz debe ascender para mostrarse digno de ser iniciado en las glorias de la eterna Ciencia de Vivir.

En estos días tales ideales bien pueden ser llamados un consejo de perfección, pues hay muy pocos dispuestos siquiera a comenzar a poner a prueba sus vidas diarias a la luz de una norma tan alta. Y así, puesto que algo con la verosimilitud del Ocultismo se necesita para satisfacer paladares cansados de las inutilidades notorias de las filosofías actuales, se tornan ávidamente como revelaciones de Yoga las superficialidades de ciertas posturas corporales y maneras de respirar, y transmutaciones de ideas temporales en sus contrapartes eternas. Y así el niño juega con sus juguetes.

Afortunadamente el Sr. Hodson nos hace aterrizar y nos muestra el trabajo arduo y práctico en el curso de la ordinaria vida cotidiana que se necesita si queremos comenzar a poner los pies en la senda del Ocultismo.

Nos muestra con claridad que podemos empezar a ser ocultistas doquiera estemos, y cualquiera que sea nuestra ocupación, y por mucho que parezca que estamos sumergidos en las trivialidades y aun en las bajezas del vivir material. Nos dice que el hombre de negocios es tan capaz de hollar la senda del Ocultismo como el eremita, y que debemos cumplir con el mundo si queremos conquistarlo --cuya conquista es el triunfo del Yogi.

Antes de que podamos soñar con estudiar el Ocultismo como tal, debemos ingresar al jardín de infancia donde se explica al aprendiz ávido la índole de la vida limpia y sencilla, el verdadero Orden y Ley y Propósito de la Vida, y de las Verdades básicas de la Existencia. Un Yogi es un defensor de la Ley, un agente de la Ley, un mensajero de la Ley, pues por medio de la Yoga ha aprendido a incorporar la Ley. Primero, entonces, debe tener una idea de la naturaleza de la Ley, no como pueda presentársela en las convenciones del día, sino como es, y con la ayuda de aquellos que son iniciados de la ley.

El comienzo, el camino, y el final, son en verdad arduos. Pero ninguna cosa vale la pena de ser poseída si no se ha alcanzado a un alto precio, y esto es cierto especialmente en el caso de las glorias del Ocultismo. Solamente los que saben perseverar, los que no pueden ser vencidos por las dificultades y derrotas, los que no consideran ningún obstáculo como insuperable, ni ningún sacrificio como demasiado costoso, ni ningún rigor como insoportable, son dignos de comenzar a entrar en el recinto externo del Ocultismo. Pues cuando estén listos para el recinto interno, tendrán que haberse convertido en atletas espirituales, en concedores de la Sabiduría que todo lo penetra, y en desinteresados administradores del poder de la Ley eterna.

GEORGE S. ARUNDALE

PREFACIO DEL AUTOR

Este libro no se publica como un libro de texto que ofrezca exposiciones completas sobre su tema. Consiste en una colección de ideas que surgieron en la mente del autor mientras intentaba comprobar ciertas enseñanzas ocultas.

Como lo sugiere el título, el método de estos intentos fue el de la meditación en la que enfocaba la atención sobre cosas fundamentales de la ciencia oculta en un esfuerzo por trasladarlas a la experiencia. El autor no tiene pretensiones ocultas, especialmente de aquellas que podrían inferirse de sus alusiones al discipulado y a la iniciación. Por la meditación y la aspiración puede adquirirse conocimiento sobre etapas de evolución que están en el futuro. En realidad el aspirante trata deliberadamente de visualizar el sendero que tiene ante sí, y de adquirir conocimiento previo de las alturas que espera ascender más adelante.

En el caso del autor, cualquier realización interna que obtuvo le vino con alguna frecuencia acompañada de un torrente de ideas iluminadoras. Ofrece este libro a la luz pública con la esperanza de que sirva como un punto de partida a otros para viajes similares de descubrimientos.

CAPITULO I

EL SENDERO DE LA VICTORIA ACELERADA LA VIDA ESPIRITUALIZADA EL DESCUBRIMIENTO DE LA VERDAD

Puesto que el hombre es un ser consciente de sí mismo, posee el poder de someterse a un proceso de acelerar su propia vivificación espiritual. Puede apresurar el logro de su meta por la aplicación deliberada e intensificada de los principios que gobiernan el crecimiento normal.

Ese proceso consiste en la acentuación repetida y continua de todo cuanto hay de espiritual en sus pensamientos, sentimientos, motivos y conducta, y en la eliminación de todo cuanto se oponga al ideal espiritual en esos cuatro aspectos de su vida personal. Esto implica establecer un sistema de continua observación y corrección de sí mismo, en lo mental y lo emocional.

Un sistema tal de auto-maduración causa al principio una intensificación de conflictos internos en el neófito. Todo cuanto hay de material en su índole, se resiste al proceso espiritualizador y trata de escaparse de su control mental. La clave del buen éxito está, pues, en el control de la mente, y el aspirante debe enderezar todas sus energías a este logro. Hará bien en no hacer caso de los impulsos e incitaciones de su naturaleza emocional y de su cuerpo, hasta donde ello le sea posible, y concentrarse en la subyugación de su mente.

El hombre como personalidad es en primer lugar un pensador; el poder de dirigir conscientemente el pensamiento, es la piedra angular de su existencia material y lo que lo diferencia del animal. La mente es su arma más efectiva, su atalaya más adecuada, y su influencia directiva más potente. La mente es el puesto clave que hay que ocupar y mantener durante todo el conflicto.

El dominio de la mente exige retirar la conciencia de la emoción y de la acción, hacia el intelecto, hasta que se desarrolle la capacidad de la percepción mental pura. El interés en la vida debe hacerse cada vez más intelectual y espiritual, con la emoción sublimada y controlada. El trabajo, el estudio y el recreo deben intelectualizarse y espiritualizarse hasta que el neófito aprenda a vivir en el pensamiento, a regir y gobernar su vida por medio del intelecto. Como resultado, su vida personal se volverá refinada y purificada. Su conducta será austera, y su conversación y porte, dignos y moderados. Sin embargo seguirá siendo cordial, amistoso y dispuesto a servir a su prójimo, especialmente en dirección al sendero de la victoria acelerada.

Estos métodos generales de espiritualizarse deberán ir acompañados por la práctica sistemática de ejercicios espirituales destinados a establecer el foco de la conciencia en la mente superior, y a fortalecer y sostener el dominio mental de la conducta, y también a desarrollar la capacidad de pensar en abs-

tracto. Más adelante, debe desarrollarse la conciencia intuitiva, como preparación para alcanzar la más alta realización, la de la voluntad espiritual.

Los ejercicios necesarios consisten en el estudio interior de las verdades eternas por medio de la meditación y contemplación. Algunas de tales verdades se exponen en capítulos posteriores de esta obra.

Estas y otras verdades aparecen como la base de las religiones del mundo, y el neófito deberá estudiarlas. La mente y la intuición deben aplicarse al estudio de enseñanzas esotéricas inspiradas, a fin de poder percibir su significado esotérico. De este ejercicio cosechará un creciente conjunto de verdades espirituales que metódicamente deberá proceder a convertir en realidad para él mismo. Debe desarrollarse como un conocedor de la verdad.

Esto se logra experimentalmente, con una técnica que varía según el individuo. El método para destilar sabiduría de las escrituras de las diferentes religiones, consiste en tomar una declaración de una verdad y espaciarse en ella mentalmente hasta reducirla a su esencia. Luego se considera la esencia, en profunda meditación, hasta captar su significado completo y descubrir su aplicación a la vida.

Esto exige esfuerzo mental, forzar la mente a escudriñar con firme concentración el tema escogido con la intención de penetrar hasta su corazón. El buen éxito es posible porque la verdad está representada dentro de la conciencia de todo hombre, y el neófito está capacitado, en virtud de llevar en sí mismo la verdad que busca, para percibirla en el tema de su meditación. Por el estudio de las expresiones externas de la verdad, es llevado al descubrimiento de la verdad que existe en su propio interior.

CAPITULO II

EL CEREBRO Y EL CUERPO. SUEÑO; ALIMENTO PURO. VIDA DIARIA ORDENADA. PUREZA NECESARIA PARA EL CRECIMIENTO ESPIRITUAL. MEDITACION. LAS GLANDULAS PINEAL Y PITUITARIA.

Puesto que el cerebro desempeña un papel imprescindible en la percepción de la verdad durante la conciencia vigílica, el neófito debe entender tanto el mecanismo como la evolución del cerebro. Las meditaciones mencionadas en el capítulo anterior, proseguidas con perseverancia, cambiarán gradualmente la condición del cerebro. Tanto la actividad celular como el campo de respuesta vibratoria se aumentan; hay una vivificación de los átomos constituyentes al ser compelidos por la fuerza concentrada del pensamiento a transmitir la potencia, la vida y la inteligencia desde los niveles supramentales de la conciencia. (De acuerdo con la ciencia oculta, los átomos evolucionan, y esta evolución se acelera como resultado de su uso por el hombre. Véanse los libros *Química Oculta* de A. Besant y C. W. Leadbeater, y *Un Estudio sobre la Conciencia*, por A. Besant.

Todo el cerebro queda sometido a violento esfuerzo por la meditación sobre verdades abstractas y espirituales, y el neófito debe ejercer gran cuidado para no dañarlo en su entusiasmo. Ligero dolor o pesadez es una prevención de que el esfuerzo está llegando al punto peligroso en el que puede causarse daño permanentemente. Ante tal señal debe interrumpirse la meditación o pasarse a otra forma. La forma que produjo el dolor debe examinarse y experimentarse, con cuidado extremo; la ausencia de dolor es índice de que un ejercicio es seguro.

El adiestramiento del cerebro del neófito espiritual debe volverse prácticamente continuo durante la conciencia vigílica. Si se afloja mucho el control, si se desciende demasiado al pensamiento material y rutinario, no sólo se retarda el proceso de vivificación del cerebro y se hacen casi improductivos los esfuerzos de la meditación, sino que se ejerce influencia en la dirección opuesta. Se disminuye el campo de respuesta vibratoria y se vuelve más lenta la evolución de los átomos.

Al cerebro hay que considerarlo como un instrumento delicado y sumamente valioso, el cual, como resultado de su contacto con las labores del mundo, continuamente se embota y por consiguiente necesita que se le esté afilando siempre. Esto se logra por la meditación, el control del pensamiento, el evitar deliberadamente el tipo de pensamiento que disminuye la percepción espiritual, y por una vida ordenada y tranquila y una alimentación correcta. Todos los alimentos de carne ensucian la sangre y embotan el cerebro. También aumentan la tendencia a pensamientos y sentimientos toscos. Las frutas y los vegetales frescos, especialmente los que no requieren cocimiento, purifican el torrente sanguíneo y vitalizan el cuerpo y el cerebro.

Los aspirantes occidentales que emprenden la práctica de la meditación con regularidad y seriedad, requieren el complemento del sueño completo. Durante las horas de sueño el cerebro se recupera de la tensión de las actividades diarias, y así se hace capaz de responder más plenamente a los resultados de la meditación. Por tanto, durante el proceso de vivificación, se necesita mucho descanso, especialmente en las primeras etapas, y es aconsejable retirarse temprano a dormir. Los estimulantes que se usan para ayudar al sistema nervioso cansado, a continuar su trabajo, son dañinos. El sistema y el orden en la vida diaria hacen innecesario su uso.

Las actividades diarias deben tener un propósito determinado, y ordenarse de tal modo que tengan relación directa con la finalidad del descubrimiento e iluminación de sí mismo. Las acciones que no conduzcan a ese fin deben eliminarse.

El medio ambiente puede que al principio le impida al neófito llenar estas condiciones, pero a medida que progresa, su ambiente cambiará o se adaptará a sus necesidades espirituales. El proceso podrá parecer lento pero será seguro y en proporción exacta a la tasa de transformación en el estudiante mismo. El medio ambiente de un individuo contiene todo cuanto exige su educación evolutiva. El hombre que está despertando a lo espiritual y que está entrando rápidamente a un más íntimo afinamiento con la vida, encontrará que su ambiente cambia con rapidez; las condiciones de su vida reflejarán con creciente fidelidad el estado de su conciencia y los cambios que en ella ocurran.

La instrucción referente al cerebro se aplica también a todo el cuerpo. Se le debe mantener también limpio por dentro y por fuera, resguardando y purificando su magnetismo con el baño frecuente y regular, muda frecuente de ropas, y vida pura y natural aun en medio de circunstancias impuras y no naturales. Las manos y los pies son las partes del cuerpo más susceptibles a las impurezas magnéticas externas. Son, como si dijéramos, orificios magnéticos, entradas y salidas del sistema magnético del cuerpo. Una corriente de magnetismo y bendición puede ser dirigida a voluntad por medio de las manos cuando estrechamos la mano a otra persona. Los saludos de un ocultista deben ser sinceros y expresarse con intención positiva. La sinceridad y la positividad son dos de las mayores salvaguardias en la vida oculta.

Al cerebro se le puede considerar como el macrocosmos, y al cuerpo como el microcosmos, pues en cada célula del cuerpo está representada la vida cerebral, está manifestada la conciencia cerebral, y está expresándose la energía cerebral. A la inversa, todas las funciones, acciones y experiencias del cuerpo, se reflejan en el cerebro por intermedio de los sentidos. La impureza del cuerpo, ya sea en la conducta o en la persona, tiene una influencia de retardo en el proceso de vivificar el cerebro, y embota su agudeza. Aparte de su función como órgano específico de la inteligencia, el cerebro es el asiento de la conciencia egóica; es el logotipo físico del sistema solar corporal, y entre estos dos hay una continua interacción. De ahí la necesidad de escrupulosa atención a la pureza y bienestar del cuerpo.

Prácticas ocultas, o cualesquiera otras que obliguen al cuerpo a funcionar en condiciones anormales, que aumentan o disminuyen la sensibilidad de órganos o miembros específicos, producen efectos adversos tanto sobre el cuerpo como sobre el cerebro. Armonía, ritmo, sosiego, equilibrio y gracia, son las cualidades en que el neófito debe adiestrar a su cuerpo.

Con el cerebro hecho sensitivo de esta manera, y el cuerpo así adiestrado, queda preparado el camino para el descenso y la manifestación física de la conciencia egóica. La luz del entendimiento superior comienza a iluminar la oscuridad del intelecto personal; el cuerpo mental trasciende sus características de inflexibilidad, análisis, crítica y aislamiento. Estas son remplazadas por la amplitud mental, el juicio constructivo, y la unificación.

Este cambio en el cuerpo mental es también de importancia para el desarrollo del cerebro, pues las condiciones del uno se reflejan en el otro. El cerebro y el centro intelectual en el cuerpo mental pueden considerarse como los focos gemelos de la elipse de la conciencia personal, negativo y positivo respectivamente. Los cambios en uno aparecen instantáneamente en el otro. La perfección de uno de ellos es imposible sin la de ambos. En la locura, o en la muerte, la vida mental es en gran parte subjetiva, por carecer del polo negativo.

La senda hacia la más alta iluminación intelectual pasa del cerebro al cuerpo mental; de allí a la conciencia egóica, y prosigue a través de la intuición hasta la voluntad espiritual, más arriba o más adentro. Desde allí, y ya en el Adepto, sale de la esfera individual a la universal, en la cual sigue la misma dirección hacia la conciencia cósmica. La tarea para el neófito cuyo cuerpo, cerebro y mente están recibiendo la mejor atención que puede prestarles, es la de establecer para sí una medida de conciencia egóica que crezca firmemente en alcance y permanencia. Debe elevar su mente continuamente al campo de los principios, adquirir el hábito de elevar todas sus actividades intelectuales al nivel de la mente superior, y resistirse a toda tendencia al avasallamiento de la mente por las circunstancias.

La meditación sobre las verdades eternas no proporcionará por sí sola el buen éxito: debe complementarse estableciendo la mente de modo firme y cada vez mayor en la conciencia superior durante los períodos entre las meditaciones. La actitud del neófito hacia un acto que involucre sus emociones, la decidirá íntegramente el efecto de estas sobre dicho empeño. Las emociones que distraen la mente y excitan el cuerpo deben evitarse siempre. Las que proveen un modo de auto expresión más pleno y libre, tales como el amor puro, la devoción, la simpatía, y la respuesta a la belleza, deben desarrollarse a su máxima expresión hasta que ellas solas constituyan la vida emocional, en el sitio que les otorga la voluntad operando por medio de la inteligencia.

También en este logro desempeña el cerebro, con sus partes y órganos específicos, un papel imprescindible. El cerebro es la morada del Ser individual del hombre encarnado. Es el santuario interno del templo del cuerpo. Todas sus células están impregnadas con el aspecto inteligencia del Ser individual: cada molécula está cargada con la energía de ese Ser, cuya vibración o

frecuencia es la del pensamiento. La presencia de los otros dos aspectos del triple Ser depende de esta cualidad del cerebro para dar alma al pensamiento. De ahí que el cerebro humano sea un vehículo para la auto-conciencia individual despertada, correspondiendo sus divisiones a las facetas de la joya de la inteligencia, a las diversas cualidades dula mente concreta y abstracta.

Las glándulas pineal y pituitaria en el interior del cerebro son los focos por cuyo medio aparece originalmente la manifestación de la conciencia individual. Desde ellos se extiende la conciencia por todo el cerebro como olas de energía cuya frecuencia varía según la índole del pensamiento. En el hombre normal la actividad pineal consiste n el pensamiento concreto con ocasionales prolongaciones dentro del abstracto, mientras que la glándula pituitaria transmite la emoción con ocasionales prolongaciones dentro de la intuición.

En el hombre desarrollado, la intuición pasa a través de la inteligencia y es interpretada por ella, llegando al cerebro por la vía de la glándula pineal. Al desarrollarse la intuición, el pensamiento concreto se relega gradualmente al subconsciente, donde se une con la emoción para llegar al cerebro por vía de la glándula pituitaria.

El desarrollo de la conciencia va acompañado de un paralelo desarrollo orgánico del cerebro, que incluye un aumento en el alcance de la sensibilidad vibratoria de ambas glándulas. Sus polaridades positivas y negativas se acentúan debido a su acrecentada capacidad como receptoras y transmisoras, y así se establece entre ellas una cooperación, lo que en términos de electricidad llamaríamos un campo magnético. El tercer ventrículo del cerebro queda incluido en este campo, completando la constitución de un mecanismo tripartita para la manifestación del triple Ser por medio del cerebro.

Una apertura etérica embrionaria en la fontanela anterior, que en el hombre normal está llena de materia etérica, se despeja gradualmente por las irradiaciones de este mecanismo craneal. Este canal; una vez abierto, permite una relación nueva y directa entre el Ser superior y el cerebro; un atajo, como si dijéramos, entre la conciencia y el vehículo. El paso normal es a través de los vehículos mental, emocional y etérico; las glándulas pituitaria y pineal sirven como estaciones de relevo que reciben, transmiten y modifican en cierto grado los mensajes durante el proceso. El ego del hombre desarrollado se manifiesta directamente en el cerebro por la vía de la fontanela y el tercer ventrículo.

CAPÍTULO III

LAS CUATRO TRIADAS Y SUS CORRESPONDENCIAS. LAS SIETE NOTAS Y SUS EXPRESIONES. EL TEMPLO DE LA NATURALEZA.

Por los párrafos finales del capítulo anterior se habrá visto que el símbolo del triángulo se forma por los centros en el cerebro: el ápice en la fontanela anterior, y los ángulos básicos en las glándulas pineal y pituitaria. Este triángulo reproduce en la materia física de la cabeza, tres triadas suprafísicas todas las cuales reflejan la triple naturaleza de lo Supremo. Estas tres triadas suprafísicas son

1. Los principios mental, emocional y vital;
2. La inteligencia, la intuición y la voluntad, y,
3. El Creador, el Preservador, y el Transformador; aspectos del Supremo reflejados en la Mónada Humana.

Estos tres triángulos, con el de los centros cerebrales, forman cuatro en total. Cada ángulo en los cuatro triángulos simboliza una manifestación de un mismo aspecto del Supremo; y a la vez, entre todos ellos hay, por correspondencia o por armonías, una relación íntima. De este modo lo superior se manifiesta en lo inferior, lo inmortal en lo mortal, la vida se manifiesta por medio de la forma, y la conciencia por medio del vehículo.

El cerebro es el portal por el cual la conciencia debe pasar desde su expresión ínfima hasta la más elevada. Cada uno de los tres triángulos suprafísicos es también un portal. Todos deben, pues, ser estudiados; cada principio del hombre debe ser entendido, y su relación recíproca debe conocerse.

Estos principios difieren en el hombre normal y en el hombre desarrollado. En el hombre normal, solamente el mínimo de energía necesaria para preservar la salud y eficiencia del cuerpo físico pasa entre las cuatro manifestaciones triples del Uno. Esta cantidad de energía va aumentando con el progreso evolutivo del individuo, y también de la raza, de modo que lo normal va cambiando en cada era sucesiva.

En el hombre desarrollado la cantidad de energía es muy superior, y la relación entre sus principios es más íntima y más manifiesta. En el hombre normal escasamente se manifiesta la triada superior, la monádica; la que sigue, la egóica, se manifiesta ligeramente; el hombre vive en la inferior y sabe muy poco de la existencia de su Ser superior. El hombre desarrollado comienza a incluir la inteligencia y la intuición en su conciencia vigílica, y desarrolla

gradualmente la voluntad espiritual. El nuevo campo de evolución que ahora se le abre a su conciencia se extiende e incluye estas tres funciones, y al fin comienzan a mostrarse sus poderes monádicos (que son los Tres Aspectos del Supremo, reflejados directamente), a medida que su cerebro desarrollado empieza a responder a la energía de ellos.

La expansión de la conciencia y el desarrollo del cerebro se consiguen por la práctica de la meditación a que ya se hizo referencia, y por el arte de la contemplación abstracta de las verdades supremas de la Naturaleza.

La contemplación consiste primero en fijar la mente sobre un aspecto de la verdad eterna, un atributo de la Divinidad. Entrenada por el ejercicio de la meditación, la mente del hombre desarrollado se ha vuelto firme y capaz de fijarse sobre una sola idea con exclusión de todo lo demás. Cuando la idea que se escoge es una de las verdades eternas que son potencias inagotables, la conciencia se eleva automáticamente y se expande por contacto con ella. El esfuerzo mental cesa entonces; la mente se aquieta. El neófito entra consciente en un mundo de una idea, un universo unimotivado; da y oye solamente una nota en la cuerda de la existencia. Entonces escucha esa nota, y al escuchar se convierte en la nota, su tono y resonancia.

El universo es séptuple; siete son sus cuerdas, y cada nota representa a la vez un modo de manifestación del Supremo y una verdad eterna. El estudiante, al contemplar cada una de las siete, se identifica con una séptima parte del total y funde su conciencia en ella. Golpea una tras otra las siete notas, escucha en meditación cada una, y se absorbe en cada una de ellas. Finalmente por medio de cada una se convierte en la totalidad, en el hombre séptuple conscientemente uno con el séptuple universo. Esta es la finalidad de la contemplación. Las siete notas se describen diferentemente.

La *primera* y la *séptima* son el Alpha y la Omega de la vida manifestada; lo primero y lo último, el centro y la circunferencia, que todo lo contiene. La primera es la fuente primordial, el punto, la fuerza positiva del universo. Dentro de ella está la luz del sol cósmico enfocada por la lente de la mente extra-universal. En el universo es poder; en el Logos es omnipotencia; en el hombre es voluntad. Por la contemplación, estas tres cosas se reconocen como una sola. En la contemplación, hasta el punto puede conocerse; y desde el punto y por medio de él, la mente extra-universal y la fuente cósmica; pues Aquello que está dentro y Aquello que está fuera, son uno. Realizar esa unidad es la meta.

La séptima nota es la primera en su expresión final. Poder en acción; voluntad en movimiento; omnipotencia manifestada. El centro relativamente estático se ha convertido en la esfera activa; empero los dos son una sola cosa. Dentro del universo, la séptima es el material físico, el sol, los globos, y todas las cosas que evolucionan sobre ellos. En el Logos es el universo. En el hombre es el cuerpo físico. En la manifestación, la Unidad Espiritual se ha convertido en la multiplicidad material. Puesto que el conocimiento de los muchos conduce al conocimiento del Uno, se ha puesto al hombre en medio de las múltiples expresiones del Uno a fin de que por su medio encuentre y

conozca al Uno solo. Desde el Uno sigue adelante, inconscientemente de todo excepto el Uno, hacia lo mucho. Desde lo mucho regresa auto-conscientemente hasta el Uno.

La *segunda* y la *sexta* notas, que representan respectivamente la Vida y su expresión, también están apareadas. La Vida es omnipenetrante, omnipresente, el principio unificador del universo, el Sol Espiritual. Su expresión se localiza como el principio vital en la materia, el principio vitalizador en la Naturaleza y el sol físico. En el universo, la segunda nota es Vida; en el Logos, omnipresencia; en el hombre, amor, en el hombre desarrollado o espiritual, es sabiduría.

La sexta nota es, en el universo, forma, figura, materia organizada. En el Logos es Su cuerpo universal con su corazón ígneo ---el sol--- cuyo principio dador de vida aparece como un fuego rosado, y, en la tierra, como un átomo que resplandece con luz rosada. En el hombre es la concentración; en el hombre desarrollado, la devoción inspirada.

La *tercera* y la *quinta* notas también representan atributos complementarios. La tercera es la relación entre el espíritu y la materia, o la vida y la forma; los principios que gobiernan la manifestación del espíritu y de la vida por medio de la materia y las formas; los arquetipos de todas las formas resultantes: la Verdad y las claves del conocimiento; todo esto está indicado por la tercera nota.

En el universo, la tercera nota es energía dirigida por la mente universal; la energía es la expresión externa, y la mente universal la interna. En el Logos es el principio femenino pasivo; la matriz donde se conciben todas las formas y de donde emanan. En el hombre es conciencia e idealismo, moralidad y verdad; en el hombre desarrollado es comprensión e inteligencia abstracta.

La quinta nota es la expresión temporal de aquello que es sempiterno, la forma de un arquetipo que progresivamente se desarrolla. En el universo es el proceso evolutivo, crecimiento. En el Logos es el Tiempo. En el hombre es el cerebro y la inteligencia analítica; en el hombre desarrollado se convierte como en un lente de cristal a través del cual se proyectan como rayos los principios de la tercera nota enfocándose en el cerebro como iluminación, genio e inspiración.

La *cuarta* nota es la unidad central, el centro de rotación el punto de apoyo, el lugar de descanso, el punto más bajo en la carrera del péndulo de la vida entre los tres pares de opuestos primordiales. Es el estado de relación perfecta, de equilibrio, del más alto arte de auto-expresión, de armonía entre vida y forma, entre vehículo y conciencia. Es el punto de descanso en el cual el péndulo de la vida manifestada hace una pausa aparente en su sempiterna oscilación entre el espíritu y la materia. En esa "pausa momentánea" de estabilidad final, de equilibrio perfecto, la belleza del Supremo se revela.

En el universo es la belleza de la Natura. En el Logos es el Ser de la Belleza. En el hombre se convierte en el amor a lo bello. En el hombre desarrollado es la facultad de percibir y mostrar la belleza del Supremo.

El carácter esencial de la cuarta nota es la oscuridad, quietud, equilibrio, como en la noche creadora que precede al otro creador. La germinación física, mental o espiritual requiere el manto protector de la oscuridad. Así también en la producción de una obra de arte, el artista retira su conciencia de la luz del día a la oscuridad de la noche creadora dentro de sí, a la quietud equilibrada en la que concibe su creación. El artista creador en cualquier rama debe haber alcanzado el equilibrio. Esta es la ley de la creación, ya sea en el universo, en un sistema solar, en un planeta, en el hombre, o en las obras humanas de arte.

En esta quietud se logra la verdadera visión o penetración sin la cual todo arte carece de vida. Solamente cuando el artista la ha encontrado y ha entrado en ella, el fuego del genio descenderá sobre él con toda su potencia pentecostal.

Sabio en verdad es quien por medio de la contemplación conoce y entiende este séptuple universo -las siete grandes notas, separadamente y como un acorde. Las conoce como las siete llaves de la vida que abren todas las puertas de la Verdad -de esa Verdad que está entronizada dentro del templo de la Naturaleza.

El hombre está a mitad de camino entre la creación bruta y la voluntad creadora; es un embajador del Creador ante los reinos sub-humanos de la Naturaleza. La tarea del hombre es levantar las formas inferiores hasta su propio nivel. Aquello que está oculto en el templo de la Naturaleza, está revelado en el hombre, los atributos séptuples de la Naturaleza deben alcanzar en el hombre su más elevado desarrollo. El hombre debe manifestar la majestad y poderío de Ella, Su unidad, Su mente oculta, Su belleza y estabilidad, Su ciencia secreta, Su irresistible impulso hacia la perfección propia, y Su respuesta por medio de la forma al poder del Ser interno. Las cualidades de la Naturaleza deben llegar a ser suyas, en perfección cada vez mayor, pues ese es el camino evolutivo al largo del cual Ella está siempre guiándole.

CAPÍTULO IV

VIDA Y FORMA. EL CAMINO ASCENDENTE. HERMANOS MAYORES Y MENORES.

Puesto que en la Naturaleza la forma está subordinada a la vida, así debe llegar a estarlo en el hombre. El hombre debe vivir desde adentro de sí mismo, buscando el cumplimiento o realización de la vida más bien que la perpetuación de la forma.

La forma es la servidora de la vida, pero en el mundo, la vida se ha hecho sierva de la forma. La vida, no obstante, está destinada a triunfar completamente, y la forma, por fuerte que sea, debe ser dominada al fin. Esta derrota causa pena a los que han puesto su confianza en la forma sola. Pero para quien ha aprendido a confiar en la vida, no existe pena, pues ha encontrado el secreto de la felicidad. Identificado con la vida y confiado en ella, comparte su libertad, conoce su felicidad. El dolor pertenece a la forma; el sufrimiento es inevitable a los que están bajo su dominio, pues la forma, siendo transitoria, tendrá que desvanecerse inevitablemente: siendo mortal habrá de perecer algún día. La vida es sempiterna, inmortal; quienes ponen su confianza en ella conquistarán la muerte y alcanzarán ventura eterna.

Sin embargo, vida y forma no son en realidad contrarias, sino dos aspectos gemelos del Uno de donde ambas proceden. Por la experiencia v comprensión de ambas, el hombre encuentra su camino hacia el Uno. Esta proeza es la finalidad de la vida humana.

Vida y forma son las dos columnas del pórtico que conduce a la morada del Supremo Uno. Entre las dos pasa el Camino que todos los pies deberán hollar. Hasta los Dioses más elevados lo han hollado -- aquellas Siete Inteligencias Altas en quienes se manifiestan perfectamente las siete notas o modalidades. Hasta el Supremo Uno conoció sus goces y rigores muchísimo tiempo ha, en universos que ahora están convertidos en polvo.

Bestias silvestres, salvajes, hombres cultos v civilizados. genios, profetas, santos y venerables hombres, se apiñan en la senda que lleva a la vida eterna, acercándose cada vez más al portal de liberación de los pares de opuestos, que es la meta. Más allá de ese portal están los "hombres justos hechos perfectos", los Adeptos, los Reyes Espirituales, en la morada del Supremo. A estos grandes Seres también puede encontrarseles en la senda, por haber regresado voluntariamente a vivir en una forma a fin de ayudar, de curar, de guiar y de inspirar a la humanidad que lucha, a Sus hermanos menores.

Aunque Ellos se mueven entre la multitud que lentamente trepa, rara vez son vistos por los hombres; pues los ojos humanos,

acostumbrados a las diferencias y divisiones de la manifestación, son ciegos a la luz de Aquellos que moran en la unidad. No obstante, perciben a estos Grandes Seres quienes han empezado a reconocer la unidad entre la diversidad, la vida dentro de la forma, y a vivir conforme a esta visión. Los Perfectos Seres están siempre a la mira de personas en quienes comience a despuntar esta visión, que estén esforzándose por hollar este Camino y que, por tanto, estén dispuestas para recibir la ayuda de Ellos.

En la era actual abundan hombres de mentalidad espiritual que, convirtiéndose en servidores de su raza, se acercan a los Hermanos Mayores. En esta era el velo entre el mundo externo de la forma y el mundo interno de la Vida está adelgazándose. Hombres y mujeres iluminados empiezan a traspasar ese velo y a entrar al mundo de la vida. Los Perfectos Seres toman nota de estas incursiones, y bendicen e inspiran a sus hermanos menores que se acercan al mundo interno donde Ellos moran.

El privilegio de asociarse a los Hombres Perfectos ha estado siempre al alcance de quienes son capaces de percibir la unidad de todo cuanto vive, la Fraternidad Universal como un hecho, y que, por consiguiente, viven sus vidas en conformidad con esa verdad.

A todos los que buscan la compañía de Ellos y anhelan servir a la humanidad bajo Sus órdenes, los Hermanos Mayores les dicen: “Levantaos! Despertad! y convertíos en los Dioses que sois! Vivid como Dioses, puros, sin egoísmo, y fuertes.

“Ese Dios que sois en el mundo real, brilla allí con pureza inmaculada, irradiando un amor inegoísta, y comienza a mostrar esa fuerza promisoría de omnipotencia.

“En medio de la impureza del mundo, sed puros; en medio del egoísmo de la humanidad, servid; y en medio de la debilidad del hombre, sed fuertes.

“Viviendo así, encontraréis el portal hacia la Vida Eterna. Sirviendo así, nos encontraréis a Nosotros que vivimos para servir. Siendo fuertes así, recibiréis Nuestra fortaleza, de Nosotros que nos hemos convertido en Columnas del templo del Dios omnipotente.

“Ya estéis despiertos o dormidos, Nuestro poder fluirá por medio de vosotros para servicio del mundo. En Nuestro Nombre y por Nuestro Poder os convertiréis en sanadores del mundo, en consoladores de sus aflicciones, y en inspiradores de quienes sean capaces de responder al ideal de la vida perfecta y a la presencia de los Hombres Perfectos.

“Vuestro mundo es vuestro campo de labranza, vuestros semejantes sus gavillas. Vuestra labor es reunirlos de modo tal que el Divino Agricultor que sembró, pueda cosechar no hombres sino Dioses.

“Vivid de modo que todos cuantos vean vuestras vidas aspiren a imitarlas. Servid para que quienes vean vuestro servicio quieran a su vez servir. Sed fuertes para que todos cuantos vean vuestra fortaleza conviertan la derrota en victoria.

“Tales son Nuestras reglas para vivir. Obedecerlas os traerá más cerca de Nosotros. Un Hermano Mayor espera a cada uno de vosotros para convertirlos en Salvadores del Mundo”.

CAPÍTULO V

EL CAMINO DE LA LIBERTAD. MAESTRÍA.

El mundo es una prisión, y el corazón del hombre es la celda donde su alma está prisionera. A través de los barrotes de las ventanas de los sentidos, el alma mira hacia el patio de la prisión anhelando escaparse. Para muchos no ha sonado aún la hora de su liberación, pues aunque rompieran los barrotes y se les franquearan las puertas, quedan todavía ceñudos carceleros que les cierran el paso. El deseo, la pasión, la sensualidad, la codicia, la presunción, el egoísmo, el odio y el orgullo --esos son los carceleros. Son en verdad guardianes ceñudos, cuya existencia depende del aprisionamiento del alma. Por tanto se resisten fuertemente a ser destruidos. Combatirlos no hace más que aumentarles su fuerza, pues la atención que les presta el alma aprisionada es la fuente de su vitalidad.

El modo de escapar no consiste en pelear con estos guardianes. El Sendero hacia la libertad no es saliendo por las puertas de la prisión, las cuales se formaron y se cerraron cuando nos sometimos a las faltas y vicios del yo inferior. El Sendero nos aleja de los conflictos externos y nos lleva hacia la paz interna. El prisionero debe escaparse adentro. No debe seguir mirando hacia afuera a través de los barrotes de las ventanas de los sentidos, hacia el patio donde existen los obstáculos de su libertad; debe cesar de combatir sus vicios con ataques directos. Al contrario, debe retirar de ellos todo pensamiento, y concentrarse en las virtudes y poderes opuestos. De este modo encontrará el camino en su interior, y pasará a un reino de conciencia superior, donde se volverá milagrosamente libre.

Se encuentra y se recorre este camino practicando el refreno, la pureza de vida, la aspiración, el idealismo y el propio sacrificio. En presencia de la pureza, el deseo muere. El amor puro destruye la pasión, supera todo mal y pone en libertad a aquellos en quienes nace. Tal es el modo de escapar de la prisión del mundo material, de la tortura de la tentación, de la esclavitud de la sensualidad, de las cadenas del odio y la codicia.

El camino está abierto para todos. Toda alma libre lo ha recorrido. Se le llama el Sendero de filo de navaja, el Sendero, el Camino Estrecho y Angosto, y "pocos son los que lo encuentran". Unos dos mil años han pasado desde que estas palabras fueron pronunciadas. Durante ese período la humanidad ha progresado. Muchos perciben ahora el camino de la libertad, y sin embargo, continúan aprisionados por la fuerza de la costumbre, sometidos voluntariamente al dominio del deseo. Ciegos son los que no quieren ver, y mayor es su error que el de las almas más jóvenes que todavía no han despertado al clarín de la libertad.

Aunque muchas almas sienten ahora el descontento divino, todavía no comprenden su importancia y significado. Los hombres toman equivocadamente este anhelo inexpresable del hombre interno, por un apetito sensual, un hambre física, y tratan de calmar su mordiente dolor, lanzándose más profundamente en los excesos. No saben reconocer en él una señal de que ya están trascendiendo los placeres que hasta entonces los han maniatado, los juguetes de su niñez como almas.

Han entrado a la adolescencia espiritual, que exige cambios radicales y positivos. El desenfreno debe ceder el campo al ascetismo prudente, y la sensualidad a la austeridad. Los motivos egoístas deben ser reemplazados por el altruismo y la filantropía. Así se entra de firme en la adolescencia espiritual. Así se encuentra y se huella el camino que conduce a la madurez espiritual.

Por este camino han pasado los Hombres Perfectos que son los Guías espirituales del mundo, los verdaderos Instructores de la raza humana. Perfectos son Ellos en voluntad, en amor, en conocimiento, y perfectamente manifiestan estos tres atributos del Supremo.

CAPÍTULO VI

LA VOLUNTAD DEL MAESTRO: SU AMOR; SU SABER; SU TRABAJO.

El poder irresistible de la voluntad de un Maestro nace de las profundidades más íntimas de Su ser, del centro mismo de Su existencia. Allí El es uno con la Voluntad Suprema, el omnipenetrante Poder del universo. Ese poder fundamental inmanente es energía en reposo; es el alma de la fuerza; no la fuerza misma, sino aquello por lo cual toda fuerza existe; un principio básico dentro del cual está contenido todo poder manifestado y expresado. Su cualidad es la quietud, la oscuridad, el silencio. Es el cimiento sobre el cual está construido el mundo material; es el agente estabilizador extremo y final en el universo, la original fuente inagotable de poder. Unido con él, el Adepto se convierte en encarnación de la voluntad.

Esta mismísima fuente existe en todo hombre. Se la puede encontrar por la meditación. El que quiera encontrar y hollar el sendero de la liberación, debe meditar sobre esta fuente de poder y fuerza en su interior. Contemplándola, descubrirá el poder y la fuerza, no como posesiones personales sino como productos de la Fuente universal de poder. Entonces nacerá en él la Voluntad única, la energía maestra, el poder clave tanto del universo como del hombre.

El esplendor del amor de un Maestro está fundado en el hecho de la unidad de la vida. Es independiente del tiempo, no es afectado por el espacio, ni lo limita la forma. Es una expresión de un principio eterno, un atributo fundamental de la existencia. Es la unidad expresada perfectamente.

Tal amor no demanda esfuerzo, y es invariable, excepto que siempre se ahonda y siempre crece. Ni se da personalmente, ni se recibe personalmente; es. Mana continuamente de la naturaleza íntima del Maestro como una bendición divina sobre todo cuanto vive. Este amor no busca retribución; ella sería ajena a su índole. La luz solar no regresa al sol; el río no refluye hacia su fuente; ni las aguas de los manantiales vuelven a entrar a la fuente. El corazón del Maestro es como un sol, una fuente, un manantial de amor eterno. El mismo es como un río de amor que fluye desde la fuente íntima hacia el océano de la vida manifestada.

Su afecto evoca en sus devotos el mismo amor eterno. El conecta al hombre amante con la fuente de vida y amor, que de allí en adelante fluye libremente y para siempre por medio de él.

El Maestro es uno con la Vida; no es un dador de Vida, pues tal cosa indicaría dualidad. El es Vida, y cada acto Suyo es la expresión natural y perfecta de esa identidad. Casi podría decirse que el Maestro no tiene existencia que sea Suya; que como Ego ha cesado de ser, excepto como núcleo de la célula universal, como protón del átomo cósmico. El está

identificado con la Vida, es de la esencia de la Vida, es un principio en manifestación, más bien que un individuo. Por lo tanto demuestra los atributos de la Vida en perfecta espontaneidad. El amor es Su índole, Su instinto, Su esencia misma. El es y manifiesta todo amor.

La frase "Dios es Amor" es literalmente cierta, pues el amor es unidad en manifestación. La Unidad es un principio eterno, una verdad raíz y fundamental. El principio de la unidad, manifestado por medio de la inteligencia universal, se convierte en el amor universal. La unidad manifestándose a través de la mente del hombre es la base del amor humano verdadero. La unidad es una verdad espiritual, no material, pues en el campo de la materia la unidad se ha vuelto diversidad, que es su opuesto reflejado. El amor espiritual proviene de la unidad espiritual y no de la unión material.

El relato de la evolución del hombre puede escribirse en términos de amor. El hombre pasa del estado animal y salvaje de la unión y el deseo material, al estado relativamente civilizado en que la mente entra en la experiencia del amor. En esta etapa todavía existe la necesidad de la unión física. Más allá de ella está la etapa en que alborea la iluminación espiritual sobre la conciencia personal, y se percibe un amor más hondo, pero todavía no se expresa plenamente, La necesidad de unión física disminuye, pero subsiste la necesidad de compañía. Más allá de este estado, está el del amor espiritual puro, basado en el reconocimiento de la unidad; un amor a la Vida misma.

Esta etapa final de amor perfecto se alcanza después de un a-una-miento completo con la vida. El individuo se convierte en una incorporación del principio de unidad; ama todas las cosas desde el interior de ellas mismas, y experimenta continuamente la unión espiritual con ellas. Esto produce éxtasis espiritual que, aunque individual, es totalmente impersonal y puro, y no exige ni contacto ni compañía, sino que en la soledad halla su plena experiencia.

Tal es la índole del amor del Maestro: una condición natural, no una acción; un estado de conciencia, no un acto; la experiencia continua de, un éxtasis ininterrumpido, que crece en intensidad con el paso de los siglos y al acercarse el estado de unidad absoluta por encima del tiempo y del espacio. Es el estado en que mora el Logos del Sistema, pues ese es el amor de Dios, el Segundo Aspecto del Supremo, el Amor Absoluto.

El conocimiento que todo lo incluye, no es, para el Maestro, una posesión individual. Para El la individualidad ha llegado a reducirse a una película tan fina y tenue que permite comunión libre con la Individualidad Única del universo, y tan elástica que todo lo incluye. Ni el conocimiento ni el vehículo mental del pensamiento son posesiones para El, pues para El no hay sino Un Conocimiento y una Mente Mayor. El participa de ellos, y sabe que El es parte de ellos.

Todo conocimiento está a la disposición de El gracias a Su auto-unificación con todo. Las realizaciones espirituales y los triunfos ocultos de

todos los seres que están en Su mismo nivel o en otro inferior, son Suyos completamente en virtud de esta unidad. El conocimiento más grande y más profundo de Quienes están por encima de El en evolución, también está a Su disposición en la medida en que El pueda elevarse a Su estado de conciencia y reproducir en si mismo el afinamiento más sutil y refinado de Ellos con la Mente Universal.

Esta Inteligencia Mayor puede decirse que contiene o que consiste de estratos de conocimiento, y que las mentes individuales van penetrando a estratos más hondos a medida que la evolución prosigue. Cuanto más alto sea el estado de evolución del individuo, más profunda es su comprensión.

El conocimiento del Maestro incluye aquellos principios sobre los cuales está fundado el universo con todos sus multifacéticos fenómenos; aquellas verdades básicas que suministran las claves de todo conocimiento. El empleo de la clave correcta revela de inmediato el conocimiento requerido, y permite la comprensión casi instantánea de cualquier aspecto de la vida universal, ya sea tan diminuto como un átomo, una célula, o los infusorios, o tan vasto y grande como un planeta o un sol.

De este modo el Adepto tiene la clave del conocimiento completo de cualquier rama de la ciencia, y en este sentido es omnisciente. No es que posea todos los conocimientos y todas las verdades dentro de Su conciencia, sino que ellos están disponibles instantáneamente para El, ya sea que estén temporalmente contenidos en la mente de un hombre como un nuevo descubrimiento científico o un nuevo principio en política o en arte, o que estén en aquella Mente más grande aún en la que está contenido, todo conocimiento del pasado, del presente y del futuro.

Las claves del conocimiento pueden considerarse como ecuaciones matemáticas fundamentales, expresiones de la ley natural, declaraciones abstractas de los principios geométricos sobre los cuales está establecido el universo, tales como la relación del diámetro a la circunferencia del círculo. Sin embargo no son meramente ecuaciones o fórmulas matemáticas o algebraicas. Son ecuaciones vitales que son ciertas para toda etapa de crecimiento, que se aplican igualmente a la semilla y a toda la planta y el fruto, a la célula germinal y al organismo completo. Son expresiones de la verdad eterna, y por tanto están más allá y sin embargo incluyen todo cambio, y revelan no solamente principio, madurez, y finalidad, sino también totalidad.

Como consecuencia de poseer las claves y el poder de usarlas, el Adepto ha alcanzado la omnipresencia. Esto implica Su capacidad de enfocar Su atención en diferentes partes del sistema solar a voluntad. De este modo puede hacer observaciones directas en relación con cualquier asunto sobre el cual bus que conocimiento detallado. Además, por haber alcanzado la unidad, El es literalmente uno con la Fuente de la existencia y la vida en todas las cosas; por consiguiente puede complementar el conocimiento adquirido mediante la observación externa, con la comprensión revelada desde adentro.

El conocimiento del Maestro es por lo tanto completo; incluye la comprensión de todos los fenómenos externos y la percepción de los ocultos procesos de la vida, los resortes del crecimiento. Es el Científico Maestro, el dechado de todo buscador de la verdad. Lo que El ha hecho, lo hará el científico de mañana, pues si bien el progreso de los principales científicos de ahora es grande, en realidad apenas han escarado la superficie en física y astronomía, en química y biología, en fisiología y psicología, en la verdad tal como la conoce el Adepto.

El Adepto comparte con todos los seres vivientes Sus proezas, poniendo a la disposición de todos Su poder, Su amor y Su saber. Su trabajo consiste en parte en traducir lo universal a lo particular, en traer el Poder, la Sabiduría y el Conocimiento del Supremo a una relación cada vez más íntima con los reinos de la Naturaleza inferiores a El en evolución.

En términos de energía, cada Adepto es un transformador de energía libre y un distribuidor de ella al mundo en estado condicionado. Este trabajo lo ejecuta en niveles de conciencia superiores al mental. Cada uno de los tres tipos de energía divina, que se manifiestan como poder, sabiduría y conocimiento, tiene su nivel apropiado de conciencia en el cual se hace contacto con él en su estado puro y desde allí se retransmite a los mundos inferiores.

CAPÍTULO VII

NATURALEZA DEL ADEPTADO.

El Adepto vive auto-conscientemente en un estado de intemporalidad. No está condicionado y, por tanto, es libre. Si así lo escoge, puede hundirse en el relativo olvido de la eternidad dejando atrás el tiempo y las cosas temporales. Con desechar el universo donde ha conquistado Su libertad, puede volver a entrar auto-conscientemente al estado incondicionado de donde inconscientemente salió.

Si bien el hombre hecho perfecto es libre de escoger tal curso, es tan grande Su compasión por el mundo, y tan íntima Su unidad con todo cuanto vive, que, deteniéndose en el umbral de la eternidad con inconcebible felicidad a Su alcance, se refrena de entrar. Renunciando a los frutos de la victoria, Él que ha aprendido a vivir en la eternidad, se somete voluntariamente a ser prisionero del tiempo. Sabe que por esta renunciación, por compartir la prisión de la humanidad, Él, que sabe el modo de escapar de ella, es capaz de llevar a todos los seres más cerca de su meta. En Su nacimiento espiritual renunció a todos los poderes y posesiones; y ahora, en la tarde de Su nacimiento a la eternidad, renuncia a Su ingreso inmediato a la vida eterna.

El Adepto que de esta manera renuncia voluntariamente, comparte y alivia los sufrimientos del mundo. Se queda para derramar luz sobre las tinieblas de los mundos temporales, para despertar las soñolientas almas de los hombres, para dar la bienvenida a los despertantes neófitos espirituales y para guiarlos por la senda de la paz eterna.

Ahora que El está más allá del dolor, puede aliviarlo; más allá de la enfermedad, puede curarla; más allá de la ignorancia, puede dispersarla; más allá del karma, o sea de la operación de la ley de causa y efecto, puede compartir el karma de otros para de este modo aligerar su carga. Más allá de la necesidad de actuar, El se ocupa en la actividad impersonalmente como un agente consciente de la Voluntad del Supremo. Permanece condicionado, por Su propio albedrío, renunciando a la libertad del estado incondicionado. Es una célula germinal de vida eterna en el cuerpo de la humanidad aprisionada por el tiempo. De esta manera ocupa Su lugar en medio de Sus Hermanos emancipados en la Orden de los Guardianes del Globo.

Que el Adepto esté encarnado o no depende de la índole de Su trabajo. Si es necesario un contacto frecuente con la tierra y sus habitantes, mantendrá El un cuerpo perfecto, oculto en su retiro. Si Su trabajo es extra planetario o se relaciona especialmente con las Triadas espirituales, con los Principios inmortales que subyacen en todas las cosas vivientes, entonces no usará un cuerpo físico sino un vehículo suprafísico especialmente creado. Dominada la muerte, trascendida la necesidad de renacer, alcanzado el equilibrio perfecto, y libre de karma, está libre para vivir y trabajar con o sin cuerpo físico.

Si El usa un cuerpo físico, la forma de este expresará Su estatura espiritual a perfección. En fortaleza, belleza, y eficiencia, será perfecto. Y el estar encarnado no reducirá en ninguna medida Su actividad suprafísica. Ha asumido voluntariamente un cuerpo, y voluntariamente puede dejarlo a un lado. El espacio ya no Le limita, ni el tiempo Le aprisiona. En Sus vehículos más sutiles está libre para moverse a voluntad por todos los campos solares. Morando en aquella duración que une el tiempo a la eternidad, y habiendo trascendido la operación de la ley de causa y efecto, Su vida cotidiana está libré de tensión y cuidados. Por lo tanto Su vehículo físico da pocas señales del paso de los siglos.

Requiere comer y dormir mucho menos que el hombre normal. Su conocimiento de las leyes y principios que gobiernan la manifestación de la vida en la forma, y Su comprensión plena de la triple expresión de la vida a través de la forma (absorción, asimilación y exoneración, o nacimiento, madurez y decaimiento) le permiten conservar durante largos periodos una madurez corporal perfecta.

Aunque esté ocupado en el cumplimiento de tareas diarias que se haya asignado, Suyas propias o pertenecientes a la Fraternidad de Adeptos de la cual El es miembro, Su conciencia no está por ello limitada. El tiene conciencia cabal simultáneamente en todo el quíntuple Universo, desde el plano físico hasta el espiritual o Nirvánico. De este modo El mora continuamente en el poder Nirvánico, que es omnipotencia; en la gloria Búdica, o sea en el plano de la Conciencia Crística, fuente de sabiduría e intuición, que es omnipresencia; y en unión mental con la Mente Única, que es omnisciencia. Estos atributos del Supremo los manifiesta El perfectísimamente por medio de Su conducta física, Sus sentimientos, y Sus pensamientos, respectivamente; pues en El las triadas superiores e inferiores están unificadas, como se representa simbólicamente por los triángulos entrelazados.

Tal es, en parte, un Adepto viviente; Ellos constituyen el Gobierno Interno del Mundo, el cual, por tanto, todo lo sabe, todo lo puede y todo lo conoce.

CAPÍTULO VIII

LA GRAN FRATERNIDAD BLANCA. SU SEXTUPLE TRABAJO. EL TRABAJO DE LOS MAESTROS. SU VIDA DIARIA Y su ACTIVIDAD.

Los tres poderes complementarios inherentes en toda la creación, alcanzan un alto grado de expresión auto-consciente en y por medio del Adepto. Todavía más perfecta y más potente es su expresión en y por medio de la Seidad Única de la Gran Fraternidad Blanca, de la cual el Adepto es parte. En esencia este grupo es una unidad, la célula germinal espiritual de la humanidad en conjunto. En esta gloriosa compañía de los Adeptos, los tres atributos mayores se manifiestan a través de siete permutaciones.

Esta jerarquía Oculta, lo mismo que el universo y el hombre, es una septena. Cada uno de los siete aspectos opera directamente sobre su correspondiente nivel de consciencia desde el más elevado o plano espiritual hasta el físico. Cada uno también se expresa por medio de un tipo de actividad correspondiente a una de las siete corrientes de fuerza (los siete Rayos) que fluyen de la Fuente central de Poder y Vida y Luz. Sin embargo, la Fraternidad en conjunto es una unidad una expresión de la Voluntad, la Sabiduría y la Inteligencia Única.

Cuando la Mónada humana, la unidad espiritual, la chispa divina, desciende hacia la humanidad física, la consciencia grupal subhumana precede a la auto-consciencia humana. La inteligencia encarnada en los reinos mineral, vegetal y humano, no es individual, sino colectiva. En el mundo mineral existen grupos, cada uno de los cuales es una consciencia cuasi individual en la cual están mezclados muchos tipos de metales y piedras de acuerdo con su rayo. Esta agrupación no tiene nada que ver con la localización geográfica, pues la encarnación física de una consciencia grupal puede ocurrir en partes del globo muy separadas.

En el reino vegetal las divisiones se hacen más claramente marcadas, y en el animal todavía más, pues éste va aproximándose a la etapa de verdadera individualidad. Por medio de la asociación con la humanidad, el animal doméstico trasciende el sistema grupal y alcanza la individualidad o egoidad. Cada ego humano es la manifestación de una "porción" individualizada de la Consciencia Espiritual Mayor Única del universo; es un microcosmos auto-existente.

En el reino humano esa auto-existencia va perfeccionándose lentamente hasta que el hombre se convierte en un Adepto. Entonces renuncia a Su existencia separada, y voluntariamente regresa a la consciencia grupal. Sin embargo, esta renuncia no implica pérdida alguna de individualidad, pues, paradójicamente, la fusión con el todo intensifica la auto-existencia de la parte.

El Adepto es a la vez Uno solo y el Uno Solo. Es uno con toda vida, uno con toda forma, con el río y el océano con las orillas del río y el lecho del océano; es uno con la fuente y uno con la meta; y sin embargo El mismo permanece. El es la apoteosis tanto de la consciencia grupal como de la individual.

En forma similar, aunque cada Adepto en un planeta es individual, la Fraternidad de Adeptos constituye una sola consciencia. La unidad planetaria de Adeptos es una manifestación de la unidad mayor que es la Fraternidad de Adeptos del sistema solar reflejada microcósmicamente en la Fraternidad terrestre. La Gran Fraternidad Blanca sobre la tierra también está iluminada por un Sol, que es el mayor de todos Sus Adeptos, Su Fuente de Poder, de Vida y de Luz, en todo lo relacionado con Su existencia y actividad como grupo o unidad. Dentro del conjunto de la Fraternidad hay Adeptos de varios grados, tal como en el sistema solar hay planetas en varios grados de evolución y de distancia del sol.

Cada uno de los siete estados de consciencia está reflejado en la Fraternidad, no sólo en y por medio de cada Adepto individual que entra y domina cada estado, sino en el conjunto de la gran Compañía por medio de Sus siete divisiones y departamentos de actividad. Cada departamento está presidido por un Adepto que es el Señor del tipo de consciencia y el Director de su manifestación.

La Fraternidad incluye así Señores de la Voluntad o del Poder, Agentes directos de la Voluntad Espiritual del universo que se manifiesta predominantemente por medio del Gobernante Supremo de la vida planetaria, el Rey espiritual. Estos Señores del Poder despiertan la Voluntad espiritual dentro de cada forma, y mezclando y modificando los tipos en los cuatro reinos ayudan a la Naturaleza a producir la forma perfecta.

Los señores de la Intuición despiertan la sabiduría o consciencia intuitiva en todas las cosas vivientes, y perfeccionan su expresión en el hombre mediante la vivificación espiritual y la inculcación de ideales éticos y espirituales. Esta función alcanza su apoteosis en el Gran Instructor Mundial, quien en sucesivas épocas aparece entre los hombres como un Salvador del Mundo y Fundador de religiones.

Los Señores del Intelecto despiertan la mente abstracta sintética en el hombre, preparándola como un cáliz para recibir el Vino de la Vida Una del Supremo. (Místicamente, el cuerpo causal, vehículo de la inteligencia abstracta, es el Grial. Todos los Adeptos y especialmente los Señores del Intelecto son los Caballeros del Grial. MONTSALVAT es la consciencia superior en que Ellos moran). Al recibirse ese precioso Vino, se despierta y se desarrolla el poder de la percepción intuitiva. Las líneas ascendentes que forman el cáliz simbolizan la aspiración del alma y la unificación de todos los aspectos de la consciencia personal, mientras que la copa representa el producto de esa fusión. La meditación, la adoración y la aspiración, son las fuerzas que elevan el cáliz, como símbolo de la naturaleza humana ofrecida a la Divinidad. La respuesta es infalible, y gradualmente, aun en esta misma

época, el cáliz del intelecto humano se está llenando con el Vino de la Vida Una, y, en consecuencia, el nuevo poder de percepción interna, conocido como intuición, se está desarrollando. Externamente los Señores del Intelecto ayudan en el desarrollo de la mente sintética, inspiran en el hombre el desarrollo de la cultura, de la fraternidad y de la paz.

Los Señores de la Belleza ayudan a construir entre el intelecto concreto y el abstracto el puente que une al hombre material y mortal con el inmortal Ser Espiritual, individual y racialmente. El hombre de la Quinta Raza, o sea de la Aria con todas sus ramificaciones, debe cruzar ese puente a voluntad, en plena consciencia, y aprender a funcionar en la mente abstracta sintética. De este modo los Señores de la Belleza ayudan a la manifestación de lo espiritual por medio de lo material, fundiendo las dos cosas en una.

Ellos alimentan en el alma del hombre toda aspiración hacia la belleza, inspiran al artista y artífice, para que la vida y la civilización humana se hagan cada vez más bellas.

Los señores de la Mente Concreta despiertan y ensanchan la mente del hombre, inspirando al investigador a descubrir nuevos hechos y principios en ciencia, y al inventor a aplicarlos para el adelanto de la civilización. El científico, inspirado por los Señores del Conocimiento, es el modelador del pensamiento de la humanidad en esta era; en cooperación con el artista será el constructor de civilizaciones en la era por venir.

Los Señores del Idealismo encienden y cuidan las hogueras de entusiasmo en los corazones de los reformadores. Mantienen viva la llama mística, la sed de unión del devoto. Por medio de la visión y la iluminación llevan al santo a la videncia, y al vidente a la unión con Dios.

Los señores de la Acción preservan a través de las edades el poder, la sabiduría, la belleza, el conocimiento y el idealismo de los Antiguos Misterios: preparan el campo para restaurar algún día sus rituales al mundo, como representaciones dramáticas, expresiones simbólicas y alegóricas de la verdad eterna. Forman un vínculo entre la suprema voluntad espiritual y su vehículo más denso, el cuerpo físico, e inspiran su expresión en actividad ordenada con precisión y gracia. Conducen a la humanidad hacia el desarrollo de un orden político y social perfecto.

De este modo, cada uno de los Señores de la séptuple manifestación funciona por medio de una actividad interna y otra externa. Cada uno vivifica la vida y también modela la forma: despierta la consciencia y la ayuda a manifestarse. La Gran Fraternidad Blanca cumple pues una doble tarea: trabaja sobre la consciencia que está en toda forma, ayudándola a desenvolverse mediante interna inspiración, y también modela y embellece la forma mediante externa influencia. Desde la infancia de la humanidad en los lejanísimos días de la Lemuria, la Gran Fraternidad Blanca ha estado sirviendo así a la Divinidad tanto en la Naturaleza como en el hombre. Y así continuará haciéndolo por miles de siglos hasta cumplir su tarea al acabarse los días de este mundo.

A la humanidad no se le niega el privilegio de participación consciente en ciertas de las múltiples actividades de la Fraternidad de Adeptos. Todos los fieles servidores de la raza son colaboradores de Ellos, aunque no se den cuenta de que están siéndolo.

Hoy como siempre está abierto el camino de comunicación con Ellos; todo hombre puede encontrarlo y hollarlo si así lo desea. El mejor modo de encontrar este camino es compartir este trabajo, servir como Ellos sirven, renunciar al yo y al egoísmo como lo han hecho Ellos, y vivir para hacer la Voluntad del Supremo, como viven Ellos. De este modo puede el hombre acercarse a los Maestros; así puede el individuo llegar a los pies de su Maestro.

En la Presencia de su Maestro encuentra el neófito el ideal para toda la humanidad, el Hombre Perfecto. En el Adepto percibe a perfección los atributos de los siete Señores, y verá brillar a través de todos Ellos las cualidades especiales de su propio rayo o temperamento, que son las que por poseerlas mutuamente, acercan entre sí al Maestro y al neófito.

De modo que si el Maestro es un Señor de Amor, el divino Amor estará encarnado en El, y la divina Compasión morará en El y se revelará en cada una de Sus miradas y palabras y actos. Y al mismo tiempo, puesto que es un Hombre Perfecto, es también un Señor de la Voluntad, capaz de manifestar la omnipotencia divina. Y es también maestro en filosofía, en ciencia, en arte, y es un idealista. Más, puesto que es Señor de Amor, estos otros poderes estarán irradiados por esa cualidad especial.

De manera similar, un Señor de la Voluntad es la fuerza personificada, el valor, la realeza, la majestad. Y al mismo tiempo, los otros atributos, Amor, Comprensión, Belleza, Conocimiento, Idealismo y Actividad Ordenada, han alcanzado su más alta expresión en El.

La consciencia del Adepto mora en los ámbitos Nirvánicos donde no rigen ni el tiempo ni el espacio. Desde tan encumbrado nivel, como desde el punto más alto de un faro, el Adepto derrama continuamente Su luz sobre el mundo, para guiar a Sus hermanos menores en el tormentoso mar de la vida. Esta luz brilla firmemente, y su radiación crece con el paso de los siglos.

El Adepto se encuentra, pues, activamente ocupado en todos los siete planos de consciencia, resplandeciendo y sirviendo en cada uno, dejando fluir libremente Su poder donde más se necesite. Solamente unos pocos escogidos le visitan físicamente en Su retiro. Le ven como un hombre culto y espiritual de gran belleza de rostro y cuerpo, semejante a un Cristo, de porte real y suprema dignidad. Los Adeptos viven en lejanos montes o esconden Sus moradas de los ojos humanos por medio del poder oculto. Algunos de ellos viven en las cordilleras Himaláicas o trans-Himaláicas. Otros residen en el Monte Líbano, en los picos de Transilvania y en las Colinas de Nilgiri. Aunque los miembros de la Gran Fraternidad Blanca viven así separados, están unidos en cons-

ciencia, actuando como una sola unidad en todo momento en perfecta coordinación y precisión.

El neófito al llegar al hogar de un Adepto puede encontrarlo ocupado en actividades físicas, en Su correspondencia, en el manejo de Sus asuntos físicos, leyendo en Su biblioteca, dirigiéndose a grupos de pupilos, comiendo, durmiendo, o quizá tocando algún instrumento musical. O puede encontrarlo en otro sitio, visitando a otros Adeptos. Puede encontrarlo aparentemente en profundo sueño, sentado en Su habitación o en algún tranquilo rincón de Su jardín, con Su consciencia retirada al interior y libre en algún otro lugar de la tierra, quizá, asistiendo a conferencias de la Fraternidad, o ejecutando los deberes suprafísicos de Su cargo dentro de la jerarquía Oculta.

El Adepto ejecuta sus actividades con perfecta gracia y facilidad, con un mínimo de esfuerzo y un máximo de eficiencia. Todo cuanto hace es perfecto. La atención a la vida física no mengua o perturba en lo más mínimo Su consciencia suprafísica y espiritual, pues Su cuerpo físico exige el mínimo de atención y dirección, adiestrado como está a la obediencia automática y perfecta. Tales son, en parte, los Adeptos vivientes; tales son en parte Sus actividades individuales y coordinadas.

El poder de alcanzar este estado de perfección espiritual, que es omnipotencia, omnipresencia y omnisciencia, existe en todo hombre; todos tienen el germen de estas facultades, las cuales constituyen las realidades inherentes del Ser inmortal.

Durante su infancia espiritual, como salvaje en comunidades semi-civilizadas, el hombre no se da cuenta normalmente de que existen en él estas cualidades innatas. En la niñez espiritual del hombre civilizado, los triples poderes empiezan a manifestarse en su vida diaria. Se desarrolla el sentido moral, se reconoce el deber, por lo menos como ideal si no en la práctica, y la voz de la conciencia comienza a hacerse oír. Durante el periodo de adolescencia espiritual, la luz de la belleza y la unidad y la fraternidad alborea sobre la consciencia humana. El hombre percibe y admira en otros las cualidades de idealismo y altruismo, y gradualmente las adopta como principios guías en su vida.

En esta etapa, la atención del Instructor se dirige hacia el individuo que está despertando espiritualmente. Este Gran Ser vivifica en él los atributos espirituales latentes y lo inspira a practicarlos en la vida. El Neófito, que por lo general no se da cuenta de esta ayuda, experimenta una ampliación de sus simpatías, una profundización de su cultura. El amor universal despierta en él, y se siente inspirado a expresarlo en el servicio a sus prójimos. Gradual y sutilmente, casi inconscientemente, los móviles personales y egoístas ceden el campo al ideal del bienestar del mundo, hasta que finalmente el servicio se convierte en la nota clave de su vida.

Entonces ha encontrado el "Camino" y está listo a hacerse pupilo del Maestro, y más adelante miembro de las filas externas de la Gran Fraternidad Blanca.

CAPITULO IX

LA VIDA DEL PUPILO. SU ACEPTACION Y SU TAREA. OCULTISMO PARA OCCIDENTE: NEGOCIOS, ARTE Y EDUCACION.

Al entrar a la presencia del Instructor generalmente ocurre durante el sueño del cuerpo físico. El alma, entonces libre, es atraída por afinidad espiritual a la presencia del Instructor. Está entonces cara a cara con aquel Hermano Mayor que lo ha estado observando y esperando hasta este momento, que ha “amado su alma peregrina:” En respuesta al llamado del Maestro para servir a Su lado, y arrodillándose humildemente ante El, el pupilo recibe la bendición de Uno que es no sólo Instructor perfecto sino también Sacerdote perfecto. Se le previene entonces de pruebas que han de venir, se le aconseja acerca de la modelación de su carácter, y se le instruye sobre las posibilidades espirituales que se derivan de esta primera experiencia.

Al despertar de su sueño, y aunque no recuerde nada, estará consciente de un nuevo gozo y un nuevo poder en su vida. Condiscípulos más expertos le reconocerán, y, si fuere necesario, se le informará físicamente sobre lo ocurrido internamente. De ahí en adelante, aunque sigue viviendo en el mundo externo, ya no pertenece totalmente a él. La vida y los mundos internos reclamarán cada vez más su interés y su atención.

La influencia de su Maestro obra ahora continuamente en torno suyo, vivificando espiritualmente a muchos de los que él trata en el mundo externo. Al obrar por medio suyo, eleva sus propias potencialidades espirituales y crea canales más amplios para la circulación del poder espiritual.

Muchas pruebas asaltan al neófito, pues ha de ser probado en el fuego de la vida. Sus atributos más altos y más bajos se manifiestan con creciente poderío; los más altos, para que sirva con más eficiencia; los más bajos, para que encarándolos y superándolos se purifique. Puesto que el aflujo del poder del Maestro estimula tanto las buenas como las malas cualidades, es necesario reducir a un mínimo las faltas antes de que el Maestro se atreva a someter al pupilo a semejante tensión. A menos que el alma sea fuerte y pura, el pupilo puede fracasar y verse demorado en su progreso por muchas vidas.

La superación de la naturaleza inferior viene más pronto o más tarde según la fuerza del alma y el progreso hecho en vidas anteriores. Entonces se le vuelve a llevar a la presencia del Maestro que lo ha observado y guiado durante su periodo de prueba. Si el yo inferior ha perdido todo poder de engañar y atar al superior; si el egoísmo ha cedido el campo al servicio y al amor; si la sensualidad ha sido reemplazada por la pureza, y el deseo por la voluntad, entonces el Maestro atrae al alma así purificada dentro de Su propio corazón puro y perfecto, uniéndola temporalmente con Su Ser más íntimo.

En esa unidad más profunda y más elevada, los que eran dos se hacen uno. El pupilo emerge de esa experiencia transfigurado temporalmente. El adepto en que ha de convertirse resplandece en él proféticamente. La perfección espiritual de su Maestro brilla en él, á la vez que las cualidades y características espirituales del discípulo se muestran en el Maestro.

Bendita unión, intimidad la más estrecha, amor el más profundo, felicidad maravillosa, es lo que el discípulo aceptado conoce en esa experiencia en la que para él no existen ni el tiempo ni el espacio ni la separatividad, y es uno con la Vida misma y la reconoce como sempiterna, omnipenetrante e indivisible.

De ahí en adelante, el discípulo aceptado trata de mantener continuamente en su consciencia vigílica la experiencia de unidad con su Maestro. Aprende a vivir más y más en el centro de su existencia que en la circunferencia. Descubre que la realización espiritual no puede sostenerse si la atención está continuamente enfocada en las cosas del mundo. Los sucesos externos de la vida, las cambiantes actividades de los hombres, representan todo lo contrario de la calma interior y el equilibrio de lo eterno que ahora aspira a alcanzar. Por lo tanto el discípulo debe retirarse continuamente de lo temporal, formar el hábito de resistirse a sus atracciones, y reducir su contacto con él, al mínimo preciso para servir al mundo. De no hacerlo así estará constantemente distraído, su mente adquirirá el hábito de una actividad inquieta; y será incapaz de mantener firmemente su atención en las realidades de la vida interna. Si bien deberá apartarse de lo transitorio y afirmar su identidad con lo eterno, esto no debe impedir o reducir su eficiencia en el mudo externo. Debe ahora aprender a vivir de dentro hacia afuera, a perfeccionar la técnica del arte de estar en el mundo sin ser de él.

El moderno ocultismo occidental difiere a este respecto de la antigua yoga oriental. La posibilidad de retirarse físicamente es casi nula en Occidente, y se hace necesario vivir la vida oculta en medio de las distracciones y tentaciones del mundo externo. Para tener buen éxito en esto, es preciso adquirir el hábito de desprenderse del ambiente físico, formándose una actitud mental de creciente auto-identificación con las realidades del mundo interno. El neófito que no puede retirarse a una cueva o celda, debe ver el mundo como su propio ASHRAMA o celda de ermitaño, y aprender a llevar la vida del ermitaño y espiritualmente, mientras vive y trabaja en medio de los hombres.

El mundo necesita enormemente la presencia y la influencia de hombres y mujeres espiritualmente inclinados, en el momento actual. La tendencia hacia el egoísmo y el materialismo es todavía fuerte, y son demasiado pocos los seres humanos que están hollando conscientemente el sendero ascendente. A estos pocos se les necesita como levadura influyente, y por tanto han de vivir entre los hombres.

El pupilo debe por tanto considerarse como un centro de fuerza espiritual, como una célula germinal en el cuerpo de la humanidad. Debe mostrar esta actitud espiritual en toda su vida, un motivo espiritual y por con-

siguiente inegoísta en todos sus actos, y debe inculcar un comportamiento similar hasta donde sea posible en sus asociados. Debe ser un agente activo y positivo, alerta a percibir y utilizar las oportunidades que se presenten. Además, debe ver a quienes más puede, con su contacto personal, guiar hacia la vida espiritual. Pero debe trabajar impersonalmente, dejando un alto timbre de espiritualidad en todo cuanto haga.

La vida oculta no es un sueño, ni es cuestión de rutina de meditación. Consiste en ejercer continuamente poder e influencia en dirección de la fraternidad; la filantropía, el altruismo, el refreno y la pureza. Es, en realidad, una vida de incesante trabajo duro. Aún la recreación misma debe tener un buen propósito, pues el pupilo ha de usar sus poderes espirituales en forma positiva y continua. Cuando, por ejemplo, asiste a un concierto, a un teatro o a una reunión social, el poder espiritual que exhale puede irradiar sobre las multitudes, vivificando y despertando su naturaleza superior. Las vidas de las gentes pueden transformarse por el contacto personal con un pupilo; al mismo tiempo él mismo se hará más y más potente, como centro del poder espiritual, a medida que vive su vida de discipulado.

El pupilo debe cuidar esmeradamente sus pensamientos a toda hora, porque afectan la consciencia de su Maestro. Esto es especialmente importante para los que se ocupan en negocios, ya que esto exige concentrarse en cuestiones materiales. Los que no están así ocupados tienen una tarea aún más difícil, porque como sus actividades exigen menos concentración, sus mentes son más susceptibles a las corrientes mentales que les circundan, y tienden a reflejar en su consciencia la atmósfera mental trivial y a menudo desagradable de su ambiente. De ahí la necesidad de practicar constantemente el dominio del pensamiento.

El pupilo no debe interesarse en los asuntos menores del mundo, sino de una manera desprendida. Conocer los acontecimientos diarios es útil en cuanto le capacita para servir donde se necesite; pero no debe dejarse absorber por el interés en ellos. La parte mayor de su consciencia debe estar fija en su Maestro, en su trabajo en bien del mundo, en sus ideales espirituales, y en su tarea de desarrollo del carácter. Debe capacitarse para mantenerse concentrado totalmente en cualquiera de estas cosas, resguardando continuamente su consciencia contra la intrusión de pensamientos impuros y mundanos. Su mente debe convertirse en un santuario dentro del templo de su personalidad, y como tal debe mantenerla.

La actividad mercantil, rectamente usada, es un entrenamiento excelente para el ocultista. El pupilo que trabaja en el mundo de los negocios debe procurar la máxima eficiencia y exactitud en todas sus tareas. La vida espiritual exige exactitud mental y destreza física, para tener buen éxito. El almacén. y la oficina son campos de entrenamiento ideales donde pueden desarrollarse estas cualidades.

Las bellas artes ofrecen oportunidades igualmente valiosas. El discípulo artista debe tratar de adquirir regularidad y orden en su vida y en su trabajo. Los accesos temperamentales del artista, en que tan a menudo caen los que

han aceptado definitivamente el ideal del Sendero, deben ser sofrenados severamente por el pupilo. Ha de colocarse por encima de las geniadas y procurar ser una incorporación perfecta del Gran Artista del Universo, quien continuamente está trabajando. El dominio mental y moral puede ser más difícil para el artista, pero a un pupilo del Maestro no puede disculpársele ninguna flojedad en estas direcciones. No solamente ha de ser su vida immaculada, y su mente ordenada y práctica, sino que debe descollar entre sus compañeros artistas como un ejemplo de vivir puro y de devoción íntegra a los ideales más elevados de su arte.

La espiritualidad en el arte es una de las mayores necesidades de la época. La ciencia espiritualizada está apareciendo ya, y debe ser complementada por el arte espiritualizado. La vida real en la Naturaleza, las verdades espirituales, las verdades abstractas, las experiencias en la consciencia, la visión interna, y la apelación constante a todo lo más elevado de la humanidad, debe encontrar expresión en el arte de hoy y de mañana. El artista pupilo del Maestro está equipado de manera magnífica para esta expresión, pues tiene constantemente a su disposición una ilimitada fuente de inspiración. El contacto con la consciencia de su Maestro, fortalecido continuamente por la meditación y el trabajo hecho en Su nombre, aviva el fuego del genio en el pupilo y abre los canales para que se exprese por medio de su cerebro y cuerpo.

Un pupilo que sea educador tiene magníficas oportunidades, pues gracias a su relación con su Maestro, todos los que están a su cargo quedan en contacto directo con El. El continuo recogimiento en sí mismo, mientras está rodeado por los detalles de su trabajo es el factor más importante que capacita al educador para vincular su escuela y sus educandos con la Gran Fraternidad Blanca. La cual tiene su departamento educativo, cuyos Miembros buscan inspirar a todas las instituciones educativas con idealismo espiritual. En esta labor puede desempeñar un papel importante y efectivo el pupilo educador. Adquiriendo el hábito de abstraerse mentalmente de la rutina de la vida escolar, y abriendo su consciencia a la de su Maestro y la de la jerarquía, es inspirado a ejercer una influencia en direcciones particulares. A través de los abiertos canales de su consciencia, la vida del Maestro y de la Gran Fraternidad fluye hacia los estudiantes y la escuela.

En su vida diaria, un pupilo de esta clase debe sobresalir claramente como un modelo de educadores de inclinaciones espirituales, como un idealista práctico en medio de sus colegas, como un dechado de vida limpia, sana y viril, para los estudiantes. También deberá buscar entre los estudiantes a aquellos que tengan vínculos con la Gran Fraternidad, y hacer amistad con ellos, de modo que más adelante ellos también sean inspirados y guiados a hollar el Sendero. Muchos egos así están encarnando actualmente, y será deber del pupilo educador guiarlos en la búsqueda del Maestro, a lo cual los impelirán más adelante sus experiencias pretéritas.

Todos los pupilos del Maestro, sea cual fuere su ocupación, deben estar vigilantes para localizar a quienes muestren aptitud para unirse a sus filas. Deben considerarse como segadores de la Gran Fraternidad.

CAPÍTULO X

DISCIPULADO. LA VIDA MÍSTICA Y OCULTA DEL DISCIPULO. LA VISION DEL TODO

El Discipulado tiene que ver principalmente con la evolución del ego. Marca el comienzo de un nuevo ciclo que alcanza su nadir en la primera gran Iniciación, cuando espiritualmente ocurre un nuevo nacimiento. El intervalo entre la entrada al Sendero probatorio y la primera Iniciación, corresponde al período gestatorio que precede al nacimiento físico. En la probación el Maestro vivifica la “célula” germinal búddhica en el cuerpo causal, uniéndolo con el cuerpo búddhico, el cual a su vez es despertado lo suficiente para responder a la influencia del Buddhi universal. (El cuerpo causal es el resplandeciente Augoeides, el cuerpo inmortal del ego al nivel de la mente abstracta. Y el cuerpo búddhico es el de la Consciencia Crística, fuente de la intuición).

Esta influencia del Buddhi universal penetra en el vehículo búddhico acelerando su evolución. También vivifica la “célula” búddhica en el cuerpo causal, y de este modo abre al ego a la consciencia búddhica. El ego a su vez trata de expresar los resultados de estos procesos en la personalidad, por medio de la cual se enriquece más por las experiencias educadoras de la vida personal que ahora vive con creciente intensidad y vivacidad.

El desarrollo de la consciencia búddhica, y su expresión activa, debe ser, pues, la nota-clave de la vida del discípulo. Debe tratar de alcanzar una realización cada vez más vívida de la Vida divina que está en todas las formas, de la unidad de esa Vida, y de su propia identidad con ella. Esta realización se expresa por medio de la mente como intuición, por medio de las emociones como una mayor capacidad de amar, y físicamente como impersonalidad. Puesto que la Vida es una, las limitaciones y expresiones personales de esa Vida son de poca importancia. Como la mayoría, de las dificultades de la vida humana surgen de la actitud personal, se va viendo con claridad creciente que la impersonalidad es el gran medio de superarlas.

El ego del discípulo se convierte así en un centro de crecimiento. El resultado de esta experiencia es una síntesis del desarrollo búddhico superior y del desarrollo personal inferior. El cuerpo causal es la matriz donde se desarrolla el embrionario ser búddhico o Iniciado. El nuevo nacimiento depende en gran medida de que exista armonía entre lo superior y lo inferior, entre el ideal y la conducta, entre la visión y la acción. El discípulo debe procurar vivir sus, ideales, pues si fracasa se demora el nacimiento del “niño” búddhico, o su desarrollo *ex utero* queda marcado por imperfecciones.

Debe esforzarse por unificar los aspectos de su consciencia y alcanzar redondez desde el nivel búddhico hasta el físico. La acción, el sentimiento, el pensamiento, la realización y la inspiración, deben mezclarse armoniosamente, formando una unidad pentagonal, un conjunto sintético capaz de acción

coordinada. Es importante lograr la consciencia egoica en el cerebro, y el discípulo debe trabajar por alcanzar la facultad de pensar y actuar más y más como ego y menos y menos como personalidad. Sólo después de que se ha establecido firmemente en la consciencia egoica puede esperar adquirir la auto-realización búddhica.

Más allá de Buddhi está Atma, el primer aspecto, la voluntad espiritual, el ápice del triángulo espiritual que reproduce en el hombre los Tres Aspectos de la Trinidad del Logos. A su debido tiempo hay que llegar allí y desarrollar el vehículo átmico. Esta es tarea del Iniciado en el nuevo ciclo que se abre después de la primera Iniciación. (Véase *Los Maestros y el Sendero*, de C. W. Leadbeater.) El vehículo búddhico se convierte ahora en la matriz en donde se ha de desarrollar el embrión átmico para “nacer” posteriormente. Más Allá de Atma están los planos superiores de la Naturaleza, Anupadaka y Adí, que sucesivamente se convierten en matriz, embrión y recién nacido. A cada nacimiento la morada de la consciencia se eleva un peldaño y el Adepto aprende a funcionar conscientemente en estos niveles y desde ellos; al ir tomando más Iniciaciones.

Tal es la montaña espiritual a cuyas faldas inferiores ha llegado el pupilo; si triunfa, y eso depende enteramente de él, trepará gradualmente hasta la cima. Sus Mayores le inspirarán, le guiarán y le fortalecerán, pero el esfuerzo mismo de trepar debe hacerlo él solo. El Maestro es como un compañero de viaje que, habiendo recorrido antes el camino, ofrece los resultados de Su experiencia a los que le siguen.

Este ofrecimiento de los resultados de la experiencia no es enteramente un proceso externo. El Maestro ha logrado la plena consciencia de unidad con la Vida que está en toda forma; por tanto se conoce a Sí mismo como uno con la Vida del pupilo. Mediante la unidad e identificación de Su consciencia mayor con la del pupilo, puede ayudarlo desde adentro. Le permite al pupilo compartir y usar la consciencia y los triunfos de El en la medida de su capacidad.

La relación entre Maestro y pupilo es por tanto dual; consiste en una unión y comunión interna, y en una inspiración externa que guía y hasta modela la personalidad. La unión interna es continua desde el momento de la probación, y el pupilo debe traer a su consciencia vigílica la realización de ella, por medio de la meditación; en primer lugar para que experimente la elevación y la inspiración de la unión con la consciencia del Maestro, y, en segundo lugar, para que exprese más efectivamente el resultado de ello en su vida diaria.

La inspiración externa del Maestro y la utilización del pupilo como un canal, también es un proceso dual. Se establece en el pupilo un continuo fluir de la vida del Maestro en términos de influencia búddhica de compasión y amor, en la medida en que él sea consciente de su unidad con el Maestro y viva en la presencia de El. También, al llegar la ocasión, el Maestro dirige al mundo externo, por medio del ego y la personalidad del pupilo, poder, inspiración y bendición externamente aplicados. El pupilo perfecto es aquel que

es capaz de la máxima respuesta a estas influencias, presentando el mínimo de resistencia a este proceso dual.

Más adelante sigue para el pupilo el establecimiento gradual en el sempiterno y omnipenetrante Poder Atmico que es el Nirvana, proceso que sólo se completa después del Adeptado. Para ayudarlo en esto; el Maestro comparte con él Su propia vida Nirvánica en la medida en que el pupilo pueda entrar en ella. De este modo aumenta el acorde entre el ego y la Mónada, la chispa divina eterna. De ahí en adelante el pupilo medita desde el centro egoico, elevándose continuamente hacia la Mónada, con la cual busca unirse.

Durante esta fase del desarrollo; la consciencia superior del Maestro sirve como matriz para la de Su discípulo aceptado. Así como en la vida prenatal física la protección de la matriz de la madre y de sus cuerpos sutiles ayuda al ego a entrar en sus cuerpos en formación y adquirir consciencia gradualmente en ellos, así también el Maestro es como un padre espiritual dentro de cuya consciencia e influencia entra la Mónada y se hace consciente en los cuerpos búddhico y causal en desarrollo. De este modo, incluyendo al pupilo dentro de Su consciencia al aceptarlo, el Maestro fructifica el germen de todas las cualidades espirituales, y posibilita la experiencia de la consciencia monádica.

La etapa de la aceptación es, por consiguiente, de gran importancia en la evolución del individuo. El hecho de la unidad de toda vida y de toda consciencia, la hace también de gran importancia para la raza; pues el que huella el Sendero no se aparta de sus congéneres sino que se acerca más a la identificación con ellos. Toda experiencia espiritual de los que están en el Sendero, se refleja en todo ser humano en diversos grados conforme al poder responsivo de cada uno. A cada expansión e iluminación, resplandece una luz por todo el mundo egoico, iluminando a todo ego, tal como la luz de la aurora ilumina los picos de una cordillera.

La mayoría de los egos humanos, aunque despiertos internamente, no han alcanzado aún la auto-consciencia egoica. Su respuesta a tal influencia vivificante es ligera aunque definida: su logro de la auto-consciencia egoica se hace así más cercano.

A cada paso que da en el Sendero el neófito se hace egoicamente más potente, brilla con mayor luminosidad en los planos superiores, y desarrolla mayor poder vivificante. El Adepto irradia con máxima potencia, fuerza, luz y amor sobre todas las cosas vivientes, humanas, sub-humanas y angélicas. Su servicio a Sus pupilos es un acto temporal. Su servicio a la Vida es sempiterno, parte de Su continuo ministerio hacia todo lo que vive.

Una vez que el ser integro del pupilo se ha consagrado a servir al mundo y a su Maestro, su consciencia se convierte en la base desde la cual hace todo su trabajo. El pupilo vive y trabaja dentro de la omnipresencia del Maestro, a quien puede compararse con el Sol, con discípulos que giran en torno Suyo como globos, sostenidos en sus órbitas por Su poder. El Maestro es el Dador de Vida y Luz y Poder, y ellos, manifestaciones imperfectas de la

misma triplicidad, están desarrollándose rápidamente bajo Su influencia hacia la perfección que El ha logrado. Él, como Logos Solar; ellos, como logos planetarios; en conjunto anuncian el sistema solar que El presidirá con la colaboración de ellos cuando El alcance la estatura de un Dios Solar.

A medida que el neófito desarrolla bajo tales condiciones sus poderes espirituales y ocultos, disminuye la necesidad de acudir al ashrama del Maestro. Sin embargo, el Maestro invita frecuentemente al discípulo. El visitante que tiene este privilegio experimenta una intensificación de todos sus poderes, particularmente el de su voluntad de vencer. El acorde entre Maestro y discípulo es por entonces perfecto, pues los cuerpos sutiles del discípulo quedan dentro del aura del Maestro. Tiene lugar una fusión espiritual, una unión de las dos individualidades. y puede decirse que el pupilo se convierte temporalmente en Adepto hasta donde le es posible. Su consciencia espiritual se ensancha hasta sus límites extremos. Su aura crece, destella y resplandece, por el momento a semejanza de la del Maestro. En esta comunión íntima y afinamiento mutuo el discípulo siente que todo su ser se expande, y experimenta felicidad intensa como si su alma cantara gozosa.

En lo hondo de su ser reina una profunda quietud, un silencio total como de lo inmanifestado. En la Presencia de su Maestro el discípulo descubre la estabilidad inamovible, el equilibrio imperturbable en que mora su Ser superior; conoce, siquiera por un momento, el Dios microcósmico trascendente que “permanece” después de un fragmento Suyo. Como Mónada ha penetrado el espacio, (el ego y la personalidad) para convertirse allí en el Dios Inmanente. “Habiendo penetrado este universo con un fragmento de Mí Mismo. permanezco.” (*Bhagavad Gita*).

Esta expansión de consciencia, esta honda felicidad y quietud interna, que a menudo persiste por muchos días después de tal experiencia, son en verdad señales seguras para el discípulo de un evento que puede no recordarse en detalle al despertar. El recuerdo del Maestro, que se trae a la consciencia al despertar frecuentemente no tiene forma sino que se traduce como la visión de una luz resplandeciente y radiante como de un sol espiritual. Es cierto que detrás de este recuerdo está el conocimiento de Su apariencia, de Su personalidad, de Su comprensión perfecta de cada aspecto de la naturaleza del discípulo. La sensación de amistad completa y perfecta se recibe junto con la profunda reverencia que el pupilo aceptado siente. La experiencia sobresaliente, sin embargo, es de luz, felicidad, inspiración, nuevas ideas y conceptos sobre su trabajo, fuerza y capacidad para solucionar todos los problemas, para superar todas las flaquezas y renovada determinación de crecer tan rápido como sea posible a la semejanza del Maestro.

Parte del entrenamiento del discípulo consiste en abrir su consciencia cerebral a estas experiencias por medio de la meditación, en desarrollar el poder de recordar con exactitud las palabras del Maestro, para interpretar fielmente Sus sugerencias, en establecer y poner en marcha la maquinaria de inspiración y genio de tal modo que pueda hacerlas funcionar a voluntad por medio de su personalidad.

En esta etapa la dorada luz de Buddhi ilumina las experiencias del discípulo en los mundos superiores. Una sensación de omnipresencia y un poder de proyectarse en pensamiento a lugares distantes, comienza a desarrollarse. Al Maestro se le ve como la apoteosis de la consciencia búddhica, como un resplandeciente Ser de luz dorada. Exaltado por esta visión, el discípulo expande su propia consciencia en un intento por compartir la hazaña del Maestro de unificarse con la Vida, Su omnipresencia, Su fusión con la Vida total del sistema solar. Esa Vida se le asemeja a un fuego líquido áureo presente por doquiera y fluyendo por todos los mundos. A pesar de la difusión universal de esta Vida, parece que fluye por ciertos canales prescritos, que se asemejan al sistema circulatorio arterial y venal del cuerpo humano. Arterias, venas y diminutos vasos transmiten la Vida de Dios a través de todo el universo material y más allá. Esta red o malla viviente y resplandeciente de la Vida Una parece consistir de diminutos centros o soles que se mueven tan rápidamente que producen el efecto de torrentes continuos. Cada partícula de vida es en realidad un sol, una parte y sin embargo el todo, un centro de la Vida Una y sin embargo esa Vida misma en toda su plenitud.

En algún lugar en medio de estas miríadas de soles hay un Sol Mayor, Uno que incluye a todos, invisible pero conocido, el Corazón de todo sol menor. Debido a este hecho, la experiencia principal es la de unidad con una esencia que todo lo penetra, inefable y más allá del alcance completo de la consciencia del discípulo. Cada intento por comprenderla en la meditación le lleva más cerca del Maestro, a quien se ve gloriosamente transfigurado dentro del áureo Mar de la Vida, uno con la Vida en toda forma, una perfecta manifestación de la Divinidad omnipresente.

CAPÍTULO XI

PERFECCION IMPERFECTA. LA LABOR DEL DISCIPULO. NECESIDAD DE LA PUREZA. AMOR UNIVERSAL.

Los hechos esenciales concernientes al Adeptado se refieren menos a la perfección corporal o personal que al desenvolvimiento completo de la consciencia. Toda perfección es necesariamente relativa. El cuerpo y la personalidad exterior aún del Adepto más elevado, si bien son perfectos desde el punto de vista humano, contienen imperfecciones. Estas imperfecciones pertenecen a la materia de que están contruidos los cuerpos, y a la consciencia general de la humanidad en los niveles mental y emocional. Por consiguiente, la personalidad del Adepto está todavía condicionada por la etapa evolutiva del globo donde El vive. Por paradójico que parezca, la cualidad de perfección está todavía evolucionando, de modo que, en razón de la evolución general del globo, el Adepto de hoy es, más “perfecto” que el Adepto de hace un millón de años.

No obstante, como la consciencia del Adepto es extraplanetaria está menos condicionada por la materia del globo que Sus vehículos personales. El Adepto es consciente de su unidad con la Inteligencia Mayor del sistema solar, y por lo tanto está relativamente libre de las limitaciones de cualquier globo en particular. Al proseguir Su evolución entra en unión con la Vida del sistema solar y, finalmente, con su Poder. Unido de este modo con la Trinidad Solar, la consciencia queda prácticamente libre de limitaciones individuales. Al mismo tiempo, sin embargo, la expresión de esa consciencia ensanchada, por medio de una personalidad en un planeta, queda limitada y sujeta a imperfección por las condiciones de ese planeta, por el grado de desarrollo de la materia y la consciencia planetarias.

El discípulo debe por consiguiente dirigir más especialmente sus pensamientos hacia la consciencia de su Maestro que hacia la personalidad de El. Unido con esa consciencia, comparte en la máxima medida posible para él la unidad del Maestro con la Inteligencia y la Vida y el Poder del sistema solar. Por lo tanto, debe meditar más sobre la Consciencia Única del Supremo, que sobre cualquier Adepto en particular. Puede elevarse en amor y veneración hacia su Maestro, y pasar así de lo personal a lo egoico, y de la consciencia egoica a la universal.

Cuando el pupilo entró en probación se formó un vínculo entre él y su Maestro que asegura la posibilidad de comunión a voluntad. Cuando fue aceptado, se fusionó la consciencia de los dos, y cuando alcanzó la Filiación se logró una unidad interior muchísimo más íntima. (Véase *Los Maestros y el Sendero*, de C.W. Leadbeater.) Aunque sea completamente consciente de esto como ego, el pupilo apenas se da vaga cuenta de ello en su cerebro al principio. Parte de su labor como pupilo consiste en traer a su consciencia

cerebral el conocimiento de esta relación, para desarrollar el poder de entrar a voluntad en la consciencia del Maestro.

Esto se obtiene por mediación diaria y viviendo un modo especial de vida. La meditación consiste en dirigir la consciencia con todo el poder de la voluntad hacia el Maestro, con la intención de unirse con El y por medio de Él con la consciencia universal. El método variará según el temperamento o Rayo del pupilo. En algunos predominará la “voluntad de triunfar”, en otros el amor y la compasión, otros usarán el pensamiento y la razón, otros la adoración y el culto; cada pupilo encontrará por sí mismo su propio camino hacia la consciencia del Maestro.

El Maestro a Su vez se da cuenta instantánea de la meditación dirigida, y contesta el pensamiento del pupilo, lo inspira y lo guía en sus esfuerzos. El Maestro rara vez habla al pupilo durante la meditación, pero si inunda al ego, y por medio de él a la personalidad, con poder y luz y bendición.

Gradualmente el pupilo derriba las limitaciones de su cerebro y de su temperamento que impiden que este intercambio egoico sea físicamente consciente para él, y se capacita para entrar en contacto a voluntad con la consciencia de su Maestro. De ahí en adelante se establece la diaria comunión meditativa con el Maestro.

Si falla en esta práctica diaria o en ejercicios de meditación más regulares, la personalidad del pupilo permanece divorciada del ego en lo tocante a la consciencia; no se siente contacto alguno con el Maestro, y la relación pierde su realidad. Bajo tales circunstancias se disminuye enormemente la utilidad del pupilo como canal para la influencia del Maestro.

En su vida diaria el pupilo debe practicar continuo recogimiento, sin permitir nunca que las circunstancias externas absorban completamente su atención. Lo ideal es que el hecho de su discipulado ocupe una posición permanente en su pensamiento, de modo que continuamente influya en su pensar, en su sentir, en su conversación y en su conducta. Mediante estos dos hábitos --la meditación y el recogimiento en la vida diaria- el pupilo puede poner su consciencia personal en contacto permanente con la del Maestro y vivir en realización ininterrumpida de su relación con El. Cuando haya logrado ésto se habrá convertido en el pupilo perfecto y estará listo para entrar en la fase siguiente de su vida oculta, en la que renacerá espiritualmente.

La consciencia del Maestro incluye la de todos Sus pupilos, pues para El no se interrumpe el conocimiento de su relación. Los ve a todos como partes de El mismo; comparte sus fracasos y sus triunfos. Son para El como los planetas para el sol, y El es para ellos como el sol para sus planetas.

La vida del pupilo es sagrada, pues si bien vive en el mundo no es de él. Aprende a morar en el santuario inviolable de su propio corazón purificado y consagrado. Es un templo donde están entronizados los poderes de su naturaleza espiritual, donde se revela la verdad, y de donde estas cosas irradian sobre el mundo.

Preservar la inviolabilidad de ese santuario es de la mayor importancia para el pupilo. Si permite la entrada de pensamientos mundanos y profanos, y de sentimientos y acciones bajas, sufre una pérdida de poder, y se nubla su visión de la verdad.

A quienes quiere ayudar no los lleva a su propia morada espiritual, sino que los ayuda a encontrar en sí mismos el santuario de poder y verdad, alentándolos a descubrirlo y no a contentarse con lo que otro haya alcanzado. Prodigar sobre ellos imprudentemente poder y verdad, podría resultar en impedirles su crecimiento, pues cada cual debe descubrir su propia espiritualidad inherente y desarrollar su propia potencia. El pupilo se mantiene, pues, desligado internamente de hombres y cosas, sabiendo que cada cual tiene en sí mismo su propia Luz más que suficiente.

Su conducta ante el mundo debe reflejar los ideales a que se ha dedicado. Ha de haber el mínimo de conflicto entre su vida interna y externa, pues tal conflicto induciría a error a quienes se volvieran a él en busca de luz y verdad. Al ver divergencia entre sus ideales y su conducta, tales personas asumirían una negligencia similar. Y así en vez de ser luz en las tinieblas, el pupilo haría aún más tenebrosa la oscuridad.

La vigilancia constante, el hábito de retirarse al santuario interno, la adhesión intrépida a la causa de la verdad y la justicia, son cosas esenciales en la vida del pupilo. No debe escuchar las palabras de otros, por prominentes que sean, si tienden a debilitar su adhesión a esa causa. Su propia Luz interna es su iluminación segura, su guía que no falla. Hacia esa Luz camina día tras día, año tras año, hasta que se convierte en la Luz misma. Diariamente, mientras pasan los años, debe dejarla que resplandezca a través de toda su vida y su trabajo, haciéndolo cada vez más transparente a sus rayos. Luz es verdad y verdad es luz; el sendero del pupilo es una senda de luz.

Como su vida es una con la del Maestro, sus actos deben representar dignamente esa asociación. No debe permitir ningún pensamiento, sentimiento o actividad que manche la perfecta pureza de la vida y la consciencia del Maestro. En el momento en que hay impureza en la vida del pupilo se forma una barrera; instintivamente la consciencia del Maestro se retira de aquello con lo que El no vibra en simpatía. El Maestro experimenta esta retirada casi como un choque, pues al cerrarse el canal repentinamente, el torrente de Su vida que por él fluía se represa. Su fuerza se recoge, buscando salidas más puras hasta que desaparezca la impureza y el canal se restablezca.

El pupilo debe aspirar a la pureza perfecta, que puede alcanzarse por la contemplación de la verdad interna. Su consciencia debe estar firmemente establecida en la verdad, que la impureza, que es mentira relativa, no pueda encontrar morada en ella. La impureza no se supera luchando contra su causa --un pensamiento o sentimiento o experiencia física impura-- sino retirándose al reino de lo totalmente puro, a la blancura de la verdad.

La impureza es la fuente de la guerra continua entre los miembros del cuerpo, y solamente cuando se la supera queda abolida la lucha. Implica separatividad, pues no podría existir sin división. Por lo tanto es una negación de la verdad, pues división es lo opuesto de unidad que es la verdad última. La impureza destruye el pensar con claridad, mancha el amor, y profana el cuerpo que es el templo terrenal del Dios inmanente. Implica una actitud personal hacia la vida, exclusividad en los afectos, y separatividad en la conducta, siendo de esta manera la antítesis de la verdad, la cual es impersonal y todo lo incluye. La vida que es perfectamente pura pertenece a lo eterno.

Parte del entrenamiento del pupilo consiste en vivir en el mundo externo en medio de la impureza y la separatividad, y por tanto debe guardar con vigilancia estricta y voluntad de acero su modo de vivir en términos de conducta, sentimientos y pensamientos.

La pureza se convierte en deslumbrante ropaje con que se inviste al pupilo, y en joya resplandeciente en la corona del Iniciado.

Aliada al amor, conduce a la liberación, al Adeptado, pues la pureza y el amor son los pilares gemelos del portal que conduce a la paz eterna y a la felicidad inefable,

Despojado de toda impureza el amor del discípulo se hace cada vez más impersonal. Por su continua expresión crece su poder de amar, hasta que irradia de él como los rayos del sol, brillando sobretodos sin pensar en retribución. El afecto que se le retorna lo ofrece junto con su propio amor al Maestro como único Amado y supremo Recipiente de todo amor.

El amor del pupilo no es ofrecido al maestro como a un individuo solo, sino como al Dechado de la vida espiritual, al modelo de las más altas cumbres y a la manifestación perfecta del Amor del Supremo. Así el pupilo realiza y desarrolla aquel amor universal que jamás es manchado por el egoísmo o el deseo. El no debe permitir que la transmisión de este amor supremo a través suyo, sea manchada por imperfecciones; sino que tratará de que llegue con toda su pureza al mundo que lo necesita. Debe despertar los corazones de los hombres a la verdadera naturaleza del amor, al sacrificio, al servicio y al altruismo, por los cuales solamente se manifiesta el amor espiritual.

El amor es en verdad un fuego. El amor personal despierta en los hombres la llama de la pasión y el deseo. El amor universal despierta la llama del genio y del heroísmo en el hombre; brota de la visión del Ser Único en todos, de esa visión que una vez obtenida inspira a amar a todo cuanto vive.

CAPITULO XII

EL VALOR DE LA MEDITACION. EL SENDERO DEL DESARROLLO RÁPIDO. EDUCACION OCULTA.

Desarrollar la voluntad es de la mayor importancia para todo el que quiera hollar el Sendero; puede alcanzarse en parte por medio de la meditación de la voluntad, en la que se visualiza al Maestro, y más adelante al pupilo, como un Señor de Voluntad, incorporación de la Voluntad Divina, un Dios omnipotente. Gracias al vínculo de unidad que existe entre ellos, la realización del aspecto Voluntad del Maestro fortalece el poder de voluntad en el discípulo. Entonces todas las cosas le parecen posibles: sus flaquezas personales, fáciles de dominar; sus problemas del plano físico, simples de resolver como parte del problema mundial y no ya cómo cosa particular. Se ve a sí mismo con un centro de voluntad en el mundo externo, ayudando a la humanidad a dominar sus flaquezas en virtud de su propio y creciente auto-dominio.

Cuando el Maestro ayuda de esta manera a Su discípulo, hace que la cualidad o poder requerido se manifiesta en Si mismo fuertemente, y puesto que el discípulo posee al menos el germen de esa cualidad, puede responder. En el acto mismo de responder se aumenta la medida de la cualidad manifestada en él. Logrado este despertar, el discípulo expande y desarrolla por la meditación sus propios poderes innatos.

Ninguna palabra parece pasar entre el Maestro y el pupilo en este método de instrucción, cuyo buen éxito depende enteramente de la capacidad responsiva del pupilo. El Maestro estimula, el discípulo responde, y de ahí en adelante continúa él solo el proceso de desarrollo por su práctica diaria.

En la presencia del Maestro el discípulo está de cierto modo sutil en contacto con el Adepto en que él ha de convertirse. Quizá es este el gran servicio que el Maestro presta: que coloca a Su devoto a distancia medible de su propia perfección.

El sendero de desarrollo rápido para el neófito consiste en educir de este modo una cualidad tras otra, un poder tras otro, desde las honduras espirituales de su naturaleza en donde todas las cualidades y poderes están latentes, y obligarlas a que se manifiesten en su vida diaria, para que el Adepto en que ha de convertirse se manifieste en el presente.

Este poder de auto-desenvolvimiento, de enriquecimiento e iluminación interna, en el que hasta cierto punto se supera hasta el tiempo mismo, lo hace posible para el discípulo el ofrecer graciosamente su perfección al Maestro. Puesto que el Maestro ha logrado esta gran consumación, puede en cierta medida establecer este mismo proceso de consumación en otros. Esto no

significa que el Maestro imponga Sus poderes en el discípulo, sino que gracias a la afinidad que existe entre ellos, lo capacita o lo estimula a despertar en sí mismo las mismísimas capacidades. Estas están presentes en embrión en todo ser humano, y serán despertadas y desarrolladas normalmente durante el lento proceso de la evolución.

Mientras el discípulo sea capaz de mantener la perfecta afinidad de su consciencia con la del Maestro, este proceso de aceleramiento es continuo en el nivel egoico. Cuando es recibido ante la presencia del Maestro, sus vehículos personales se iluminan y ensanchan, de modo que los resultados del desarrollo egoico se expresan más perfecta y más naturalmente en la personalidad.

Durante la meditación, en total quietud de la mente y del cerebro, la consciencia vigílica recibe los frutos de estos procesos internos. Fortalecido e iluminado, el discípulo los manifiesta cada vez mejor en su vida diaria. De esta manera eslabona sus actividades superiores e inferiores, y gradualmente logra coordinación en toda su naturaleza.

La auto-realización en el cerebro es de inmensa valía. No sólo hace al discípulo fuerte y firme en medio de las pruebas físicas del ocultismo, especialmente en la de la duda, sino que evita que el progreso personal se quede atrás del progreso egoico. Mantiene constante el tono de la vida diaria en acción, sentimiento y pensamiento; amplía y mantiene abiertos los canales entre el Maestro y el ego y la personalidad del discípulo.

El discipulado permite el libre acceso suprafísico a la presencia del Maestro, de modo que además de la mística unión en consciencia, hay también comunión y colaboración oculta entre ellos. Se enseña al discípulo a usar sus cuerpos sutiles y a dominar las fuerzas de los mundos suprafísicos. Recibe guía en el trabajo físico que hace en servicio del mundo, como también en las tareas suprafísicas que constituyen la rutina de su vida durante el sueño del cuerpo. (Véase *Protectores Invisibles*, por C. W. Leadbeater).

Estas tareas incluyen servicios tales como auxiliar a los recién fallecidos, ayudar a los necesitados y atribulados, acudir al escenario de grandes catástrofes, y dar y recibir enseñanza en grupos de condiscípulos. Cuando es necesario, y especialmente si los canales se mantienen abiertos, el recuerdo de estas actividades se recibe en el cerebro al despertar, o a cualquier otra hora durante el día.

El discípulo también recibe ocasionalmente, durante el día, instrucciones de su Maestro para la conducción de sus trabajos. Es utilizado como un canal para las fuerzas espirituales del Maestro y de la Gran Fraternidad Blanca, convirtiéndose así en un portador de gran bendición al mundo. Por medio de Sus discípulos el Maestro mismo recibe una ampliación de consciencia personal, pues estando en unión consciente con ellos toma parte en todas sus actividades.

El vínculo de amor entre Maestro y pupilo es la más íntima y más bella de toda las relaciones. El Maestro entiende perfectamente al pupilo, lo lleva místicamente en Su corazón, irradia sobre él un profundo afecto espiritual y por tanto impersonal, comparte sus triunfos y lo ayuda a recobrase de sus fracasos. Esto desarrolla entre ellos un gran amor, espiritualmente paternal de un lado, y profunda y reverencialmente filial del otro, vínculo que perdura más que el tiempo y por toda la eternidad.

El plan para la evolución de la raza hermana incluye la formación de esta clase de vínculos. Los Maestros llegan a ser, en una era posterior, Regentes espirituales, Instructores o Directores, con sus antiguos pupilos, ahora convertidos en Adeptos, como tenientes Suyos en el mismo campo de actividad. Más adelante todavía, cuando Ellos sean Regentes de un Mundo, los Tenientes serán Señores de Voluntad, de Sabiduría y de Inteligencia, altos Oficiales en la jerarquía Oculta de entonces.

Cuando el Maestro alcanza el dominio interplanetario y solar, los Señores espirituales se convierten en Sus Regentes Planetarios; y así sucesivamente a través de vidas de sistemas solares y Cosmos, los vínculos de tal amor permanecen intactos a través de todos los tiempos.

CAPITULO XIII

EL DISCIPULO ACEPTADO. EL NUEVO NACIMIENTO INICIACION. LA CORRIENTE DE VIDA. EL TRABAJO DEL INICIADO.

En el proceso de “aceptación” en el que el pupilo es acogido en el corazón mismo del ser y de la consciencia del Maestro, el Maestro presta al individuo el mismo servicio que constantemente está prestándole al conjunto de la humanidad.

La aceptación es un aunamiento individual: el Maestro y el discípulo representan el misterio del aunamiento vicario en su más alto grado. El proceso de aunamiento general y continuo que el Maestro lleva a cabo para todo el mundo, es desde luego menos efectivo en lo tocante a cada ser humano por separado que para el discípulo que es aceptado. No obstante, puesto que la esencia vital del discípulo es parte de la de la humanidad, todo el género humano participa en cierta medida de lo que alcanza y experimenta el discípulo.

Si el discípulo quiere, puede establecer por sí mismo un proceso de aunamiento similar, general e individual. Por ejemplo, si siente especial amor por otro ser humano, lo puede atraer a su corazón y pasar con él conscientemente al corazón del Maestro. Durante esa experiencia comparte con su amigo su expansión de consciencia y la bendición del Maestro, en la medida en que el amigo sea capaz de recibirla. Y éste saldrá glorificado del corazón del Maestro, como salió el discípulo cuando por primera vez fue recibido allí.

Al desarrollar este poder, puede extender esta actividad para incluir grupos de personas, auditorios, congregaciones y muchedumbres, tanto de vivos como de muertos. También puede atraer a su corazón miembros del reino angélico y hadas, pues ya no existen barreras entre él y la vida en cualquier forma. Así aprende gradualmente a manifestar y a compartir con todos, aquella realización completa y perfecta de la unidad en que el Maestro mora.

Esta clase de auxilio; ya venga de un Maestro o de un discípulo, no es externa; pues el verdadero aunamiento ocurre en la consciencia búddhica en la que no existe nada fuera del Ser Único. En ese nivel, el Maestro, el discípulo, y el mundo, son una sola cosa indivisible. En la consciencia egoica se conoce la unidad esencial entre el sujeto y el objeto, si bien puede verse y distinguirse entre sí. La ayuda del Maestro la recibe el discípulo internamente más que desde afuera. Y él repite el mismo proceso para el mundo hasta donde se lo permita su desarrollo. A cada paso que da en el Sendero aumenta su

efectividad como agente unificador, hasta que al fin alcanza Maestría, se hace conscientemente uno con el “Padre”, uno con todo lo que vive.

La etapa de aceptación es por tanto de extremada importancia, tanto para el individuo como para el mundo, pues en la unión del Maestro y el discípulo se anuncia la final unión consciente de todos los hombres con Dios.

Cuando llegue la hora, la individualidad del discípulo debe morir. Debe entonces renunciar a todo aquello por que ha luchado y ha obtenido durante la evolución material y mental. Debe retirar toda petición personal, aun la misma por la inmortalidad, pues sólo cuando se entrega el antiguo yo, puede nacer el nuevo Ser. Este es el nacimiento de Cristo en el corazón humano. El niño recién nacido es el símbolo de la entrega absoluta, de la completa renunciación.

En este estado de “recién nacido”, simbólicamente débil e inocente en un mundo nuevo, el discípulo es objeto del tierno cuidado del Maestro. El es el Padre José de la alegoría Cristiana, el carpintero, el hábil artesano que ha ayudado a formar al niño recién nacido. La Eterna Madre del Universo, María; símbolo de maternidad espiritual, también cuida de él, mientras las Huestes Angélicas se acercan para incorporar y hacer resonar en la nota-clave del “recién nacido” su creadora Palabra de Poder. El alma, renacida, ha trascendido el estado animal y el humano normal, simbolizados por los rebaños y los pastores, y sobreviene la presentación espiritual ante los Mayores y las Huestes Angélicas.

Esta es la Iniciación, el nacimiento del alma espiritual del hombre; una creación en verdad, pues un producto nuevo ha resultado de la combinación de atributos divinos y humanos que ocurre cuando se cruza el Portal. Hasta entonces el hombre ha vivido espiritualmente *in útero*; ahora se levanta como entidad espiritual, consciente de si mismo, en regiones relativamente nuevas para él.

Ahora se abren ante él las regiones intuicional y espiritual superior, y al pasar de la adolescencia espiritual a la madurez penetra gradualmente más y más en lo profundo de estos mundos. Todavía está in útero en lo que respecta a regiones más elevadas, pues toda la creación existe dentro de la matriz del Aspecto Material del Supremo. En verdad la evolución consiste en una serie de partos o nacimientos, a cada uno de los cuales el individuo nace de nuevo en otro mundo.

En este primer nacimiento iniciático, el hombre recibe el poder de la maestría, y por tanto la libertad, sobre los tres mundos del pensamiento el sentimiento y la acción física, en los que hasta entonces había estado aprisionado. Este triple poder está simbolizado en el relato Cristiano por las ofrendas de oro, incienso y mirra, que los Tres Sabios ponen a los pies del niño Cristo. Los Magos tienen sus prototipos en los Hermanos Mayores en cuya presencia ocurre el nacimiento. Son los Señores de Conocimiento, Amor y Voluntad, que están presentes y otorgan Su bendición y poder especial al neófito.

De ahí en adelante, y por primera vez en su existencia terrenal, es un hombre libre; libre en el sentido de que no tiene compromiso alguno ni individual ni racial. Su vida se ha entregado al Único. María, la Madre de Jesús, tuvo prueba de esto en la respuesta que recibió cuando le reprochó su ausencia en el templo: “¿No sabes que debo ocuparme de las tareas de mi Padre?” Tal es la respuesta que todos los Iniciados deben dar a todos los que tratan de atarlos al pasado.

Para el Iniciado, el mundo parece haber cambiado, y no él, y a ese cambio aparente debe adaptarse él gradualmente. Donde antes veía división, separatividad y pecado, ahora ve unidad, parentesco y experimentación. Empieza al fin a ver la vida como un todo, a percibir y sentir la omnipenetrante Presencia del Supremo, a conocer su unidad y hasta identidad con otros hombres, con la Naturaleza y con las cosas que se llaman inanimadas. Se da cuenta de que las formas no son sino estuches llenos de vida; que los cuerpos son templos santificados por seres divinos y santos que en ellos moran. Los soles, estrellas, y planetas, ya no están remotos; oye y entiende la música que ellos emiten. Sabe que él y ellos son partes relacionadas en la gran composición que el Músico Divino ejecuta en todo tiempo. Las vidas no son sino compases, y las muertes pausas; la evolución añade líneas al pentagrama y notas a la escala, y así la sinfonía de la creación aumenta en riqueza y esplendor edad tras edad.

Al llegarle este conocimiento, aprende más perfectamente a dar su propia nota, pues ahora conoce su unidad con el Compositor no visto. Empieza de ahí en adelante a seguir cantando su camino por la vida, hallando que las pruebas y vicisitudes no son sino disonancias transitorias, esenciales para la armonía mayor. El yo ha desaparecido; se convierte en una nota de un canto.

La corriente de la Vida Única fluye de eternidad a eternidad, llevando en su lecho universos, soles, planetas y hombres. Es la eterna corriente de vida, la corriente de “sangre” divina y palpitante que vivifica todos los mundos. Es el centro de vida en todo átomo y en toda célula, el principio esencial sin el cual nada podría existir.

Dentro de esta corriente se ha lanzado conscientemente el Iniciado. Su progreso hacia la “orilla lejana” depende de que cada vez sea más consciente de su identidad con la corriente. Hasta entonces desconocía su unidad con ella, aunque continuamente se sumergía, nacía y renacía; en esa corriente que es la vida. Aunque su verdadero Ser es uno con la esencia de la corriente de la vida, y todos sus vehículos de consciencia dependen de ella, y su mismo cuerpo y alma están impregnados de ella, sin embargo él era inconsciente de que ella existía, y se creía separado y solo.

Ahora por fin alborea la verdad en su consciencia interna y se dice de él que “ha entrado en la corriente”; en esa corriente de vida que fluye desde la eternidad de lo incondicionado, y pasando por lo condicionado regresa a la eternidad; desde la intemporalidad hacia el tiempo para regresar otra vez a lo intemporal.

Aquello que es eterno en él, que siempre es uno con todo lo eterno; comienza a modificar su consciencia, a cambiar su relación con su existencia temporal. Va acercándose al conocimiento del Eterno ahora. El tiempo, que hasta ahora lo ha esclavizado, será ahora conquistado por él. El tiempo lo trajo hasta la orilla de la corriente, pero ahora se queda atrás mientras la orilla se aleja y él prosigue en su afinamiento con lo intemporal.

Comienza a conocer la quietud de lo noexistente, el silencio que está más allá de la existencia, la oscuridad tras de la luz, y el equilibrio de la energía en reposo. La plena culminación, el afinamiento final y permanente con la eternidad, vendrá cuando alcance la “lejana orilla” y logre el Adeptado.

El ego, en quien la Vida y la Mente alcanzaron la auto-consciencia, despierta en la Iniciación, logra así la visión de la Inmanencia del Supremo. La tarea que tiene ante sí el Iniciado es la de despertar la personalidad a una realización similar. La Vida y Consciencia divinas en la mente, en las emociones y en el cuerpo, deben también despertar a la auto-consciencia. En cada uno de esos mundos debe realizarse la divinidad inmanente, y debe alcanzarse la visión de la Vida omnipenetrante.

Esta proeza interna del Iniciado puede tomar muchos años o muchas vidas; la rapidez de su progreso depende en gran medida del grado de visión espiritual obtenido antes de “entrar en la corriente”. Hay muchos no iniciados que han alcanzado cierta medida de auto-consciencia espiritual despierta, mientras otros, más adelantados en el Sendero, no han desarrollado todavía percepción espiritual personal. Con el tiempo esta visión del Supremo debe ser alcanzada por todos, pues es la meta hacia la que toda la humanidad marcha.

El trabajo externo del Iniciado consiste principalmente en servir de canal a los poderes e influencias de la Gran Fraternidad Blanca. Ahora es Su mensajero y representante en el mundo, y no vive sino para hacer Su voluntad, que es la Voluntad del Supremo. No reconocido sino por unos pocos, se mueve entre los hombres como una influencia acelerante y fermentadora, como un centro de poder espiritual.

Mientras así vive y trabaja en el mundo externo, su consciencia espiritual se expande continuamente. Penetra cada vez más hondo en las regiones espirituales internas, cuyo esplendor comienza ahora a mostrarse en él. Su aura resplandece, sus pensamientos adquieren potencia, y sus sentimientos una fuerza y profundidad que hacen de él un hombre de poder a dondequiera que vaya. Su voz se vuelve un vehículo para las fuerzas de la voluntad espiritual; sus ojos están llenos de luz; sus miradas parecen a menudo como destellos de fuego, penetrantes como las de un águila; majestuoso como un león, noble como un rey, y sin embargo tierno y compasivo como un Cristo, claro y límpido como un niño pequeño.

En su corazón han nacido las cualidades de compasión, amor omníbarcante, y ternura. Voluntariamente ha derribado todas las defensas, y su corazón está abierto a las tristezas del mundo. Se ha despojado de la armadura de egoísmo, ha arrojado lejos el escudo de la separatividad, y se ha

hecho supremamente vulnerable a las heridas infligidas por la ignorancia del mundo.

Sin embargo, ninguna herida es mortal, ningún dolor es permanente, pues él ha descubierto su inmortalidad y se acerca al portal de la felicidad eterna. Se ha convertido en la incorporación del amor eterno; por tanto la crueldad no provoca en él ninguna respuesta dura. Con la piedra filosofal del amor eterno, transmuta él, en el crisol de su corazón, el dolor, el sufrimiento, la crueldad y el vicio, en sus opuestos. Cual un alquimista espiritual, transmuta en "oro" fino la bajeza del mundo.

Ahora ciertamente debe "poner la otra mejilla", amar a sus enemigos, y al que le roba la bolsa darle también su capa, pues tal es la vida del Iniciado, a la que se refieren estas enseñanzas del Cristo. Crece en la medida en que las vive, y con su crecimiento eleva a toda la humanidad. Se vuelve como un Atlas que lleva la carga del mundo sobre sus hombros. Mientras sea humano, su peso lo dobla pero no lo quiebra. Cuando sea Adepto, se mantendrá erguido bajo su yugo.

CAPÍTULO XIV

ACTIVIDADES EXTRA-PLANETARIAS DEL ADEPTO. LA VIDA CONSAGRADA.

El adepto vive fuera del ámbito del tiempo. Cada acto suyo está lleno de significado para la eternidad. Sus planes incluyen el concepto de intemporalidad para realizarlos. Vive en lo eterno, y sin embargo proyecta Su consciencia en el tiempo; ambos estados se combinan en El. Hace planes en la eternidad, y actúa en el tiempo; pues ha resuelto el misterio de la relación entre esos dos estados, a los cuales los une El mismo como un puente.

La vida del Adepto es así dual, como lo es El. Se puede entrar en contacto con Su manifestación temporal, y comprenderla en parte, pero Su existencia en la eternidad será por siempre un misterio. En el tiempo tiene individualidad, es un Ser; fuera del tiempo, no la tiene ni es un Ser; y sin embargo El es también todo Ser, pues es Uno con el todo. Tiene una existencia planetaria que como ya se ha dicho es séptuple, y constituye Su manifestación temporal en la tierra, Su individualidad. Tiene también una existencia extra-planetaria en la cual está unificado con el triple Regente interplanetario, quien se manifiesta en El y por medio de El, pues Sus individualidades son una sola.

Mediante esta identificación con el Poder, la Vida y la Consciencia extra-planetarias, El es también uno con la triple existencia cósmica. Su poder de manifestación allí aumenta a medida que prosigue Su desarrollo. Su individualidad terrenal es el aspecto menor de Su naturaleza; su Ser cósmico es el mayor, con consciencia interplanetaria que actúa como eslabón entre los dos aspectos.

El Adepto es un Ser cósmico, más bien que terrenal, aunque mantiene una individualidad terrenal con cuerpo físico. El mantenimiento de tal cuerpo es cuestión voluntaria que depende en gran medida del modo como ascendió a través de la humanidad, Aquellos que no escogen continuar la existencia física, entran en los estados extra-planetarios y cósmicos para cumplir Su destino como Adeptos en esas regiones.

La consciencia de tales Adeptos, si bien está normalmente limitada a los campos extraterrestres que han escogido, puede en cualquier momento manifestarse a cualquier nivel en cualquier planeta, por un proceso de proyectarse en vehículos temporales, materializados para ese propósito, o prestados a Ellos por algún habitante del globo en que la manifestación ha de ocurrir. Esto puede tomar la forma de un completo cambio de consciencia en el cuerpo prestado, que su dueño abandona para que el visitante lo ocupe, o también la de super-imposición o inspiración como la de un Avatar.

Las reuniones de la Jerarquía de Adeptos que gobierna un globo se ven a veces atendidas por Consejeros y Embajadores extra-planetarios, representantes de la Jerarquía gobernante de un sistema solar o de un conjunto de globos. Así como el Adepto tiene vida y consciencia extra-planetarias,

también la tiene la Gran Fraternidad Blanca de cada globo habitado por hombres. Estas en conjunto forman el gobierno de un grupo de globos, bajo el Logos Solar. Este sistema se extiende hasta formar grupos sistemáticos mayores, y la totalidad se manifiesta como una unidad en términos de consciencia cósmica.

De este modo se mantiene continuamente un contacto externo, directivo y protector, entre el corazón de la creación, el centro vital del Cosmos, y la más diminuta vida individual en cada globo. También existe una unidad interna entre lo más alto y lo más bajo, entre el centro y la circunferencia de la manifestación, pues la Vida animadora es Una sola a través del todo. De esta manera se aplica a través de todo el Cosmos la dualidad de la manifestación: por un lado la ayuda externa y auto-consciente que se observa en los reinos mineral, vegetal, animal y humano, y por otro lado la vida interior que surge y se desenvuelve.

Puesto que el principio de lo más evolucionado ayude a lo menos evolucionado es de aplicación universal y es básico para el cumplimiento del plan según el cual progresa el universo, se infiere que quienes deseen cooperar inteligentemente con la Voluntad Suprema deben participar en la operación de ese principio.

El primer paso hacia la unidad consciente con el Supremo es siempre el mismo: acción inegoísta nacida del amor. Si al principio el servicio es personal y el motivo es individual y separado, no por ello, la acción es menos una ayuda. Gradualmente el motivo personal cede el campo al impersonal, y el bienestar individual al bienestar colectivo. De esta manera se despierta el espíritu de filantropía y se descubre el secreto de la felicidad. El espíritu de filantropía incluye no solamente acciones ayudadoras que no traigan recompensa inmediata, sino también aquellas que traigan pérdida e impliquen sacrificio personal. Gradualmente se alcanza el conocimiento de que la pérdida personal trae ganancia eterna, y que el sacrificio terreno trae enriquecimiento espiritual. La promesa de que “quien aborrece su vida en este mundo la guardará para la vida eterna”, se reconoce entonces como una verdad profunda. “Quien halla su vida, la perderá: y quien pierde su vida por mi causa, la hallará.” (Mateo, 10:39).

Tal conocimiento es el cimiento sobre el cual se establece una vida de servicio. Es una reversión completa de la existencia humana normal: sus motivos son opuestos a los que gobiernan la vida ordinaria. Tanto el individuo como la raza deben cumplir esta reversión para que sea posible la culminación espiritual; deben crecer de lo personal a lo impersonal; deben aceptar la filantropía como el único motivo digno, y desarrollar la benevolencia hasta tal punto que el sacrificio no produzca otra cosa que gozo. Estas son las cualidades necesarias para quienes desean cooperar conscientemente con la jerarquía de Adeptos en el cumplimiento de la Voluntad Única.

Inspirados por estos ideales, el individuo y la raza empiezan conscientemente a llenar su papel en el cumplimiento del Gran Plan del Supremo, a trabajar en pro en vez de en contra de la evolución, y a

considerarse como ministros del Altísimo. Un cambio de actitud tal como este introduce el elemento de santidad verdadera en la vida, y prepara al aspirante para la visión de la divinidad inherente en todas las cosas, y lo sacrosanto de todos los actos; todo lo cual está basado en el hecho de que la Vida Divina existe dentro de todas las cosas y tras de todo acto está el Divino Actor Único, el Supremo.

La espléndida visión del Supremo se logra por la adhesión a estas reglas de vida. Al principio se experimenta como destellos de inspiración, percepciones intuitivas, y la sensación gradual de un destino mayor que se está cumpliendo. Luego viene el conocimiento de la Inteligencia Guiadora tras del universo, ordenando todas las cosas grandes y pequeñas, la visión de la Mente Única.

Peligros acechan tanto al individuo como a la raza en este punto, pues a menos que prevalezca la actitud de impersonalidad y humildad, se le dará a la experiencia una interpretación personal, y lo que es de aplicación universal se tomará equivocadamente como individual. Esto lleva al orgullo y a una actitud mezquina y personal; dos peligros grandes contra los que siempre debe estar en guardia el aspirante para que no oscurezcan su visión y empañen su trabajo.

Evitando estas trampas, el individuo y la raza consagran finalmente sus vidas a alentar el progreso, a cumplir el Plan único, a cooperar armoniosamente con la Voluntad Única.

Este es el sendero, y no hay otro, que lleve a la elevación del individuo y de la raza, a la felicidad y la paz. Es el Camino de la Vida Divina, el único camino en que esa Vida puede llegar a ser expresada perfectamente. Es la senda que todo hijo del hombre, liberado, ha hollado. El Adepto, por haberlo recorrido hasta el fin, está establecido en felicidad permanente y en una paz que nada puede perturbar.

CAPÍTULO XV

MACROCOSMO EN MICROCOSMO LA VISIÓN DEL CONJUNTO

El sistema solar es una unidad individual en medio de las muchas unidades similares que componen el sistema sideral. Es una entidad evolutiva, una consciencia grupal, que se mueve constantemente hacia la auto-consciencia, hacia la “individualización”, o la entrada consciente a un orden más elevado de existencia.

La vida en cualquier punto o parte del sistema solar es un epitome del conjunto. Los procesos vitales que ocurren en cualquier reino de la Naturaleza son reflejos de los que ocurren a través de toda la Naturaleza. La evolución de la consciencia grupal del mineral, de la planta, del animal, y de los espíritus de la naturaleza, hacia la individualidad, es una manifestación planetaria de la evolución similar de todo el sistema solar hacia un estado superior. La individualización de un espíritu de la naturaleza al reino angélico, y la del animal al reino humano, son un reflejo microcósmico de una hazaña microcósmica. En forma similar, la liberación alcanzada por el Adepto no es sino una parte de una liberación mayor que debe alcanzar el sistema solar en su totalidad. De esto se sigue, por tanto, que toda proeza microcósmica ayuda a adelantar el progreso de todo el esquema.

Puesto que este esquema también no es sino una parte de un todo mayor aún, éste también es ayudado, y así sucesivamente *ad infinitum*, pues la totalidad de esquemas siderales es inconmensurable, ilimitada e incognoscible. Inconmensurable porque siempre se está moviendo; ilimitada porque siempre está creciendo, e incognoscible porque siempre está cambiando. Aunque es todas estas tres cosas, sin embargo como conjunto es comprensible, porque aunque está compuesta de muchas cosas, es Una sola cosa. Por infinitamente pequeño que sea un planeta en comparación con ese conjunto, es sin embargo infinitamente valioso para el conjunto, pues en él se manifiesta éste en miniatura; a él está indisolublemente ligado el conjunto, y por medio de él progresa el conjunto. En las regiones de la vida infinita, el todo y la parte son una sola cosa.

Así también, un hombre que mora sobre la tierra, perfecto en su propia etapa e imperfecto en una superior, es un epítome del Hombre Celeste, el Pensador, el Logos, quien mora dentro del sol y todos los globos que giran. Esta pareja, el hombre terrenal y el Hombre Celeste, también son uno solo, compartiendo la misma vida, progresando cada uno por las proezas del otro, inseparables compañeros peregrinos, que difieren solamente en el grado de habilidad para expresarse. Así todo el esquema del que este planeta y sus habitantes múltiples son una parte, se mueve y progresa como una unidad, en la que el movimiento de la más diminuta parte afecta al conjunto.

Puesto que a la par con ese conjunto hay otro conjunto mayor que de modo semejante está siempre moviéndose hacia una extensión infinita, cada acción de la parte más minúscula ejerce una influencia a través del conjunto infinito. Si bien se le describe como infinito, no está de ninguna manera distante en tiempo o espacio, pues en la infinidad el tiempo y el espacio no significan nada: todo está aquí y ahora. La estrella más lejana ya no está lejos cuando se la mira desde el punto de vista del infinito, pues en el infinito no existen distancias.

En los confines del tiempo y del espacio, el pensamiento que genera un hombre lanza una ola ondulante en la materia del plano mental. Cuando esta ola encuentra las barreras mentales que encierran la vida mental solar, se detiene en su curso. En regiones superiores, donde se desconocen tales barreras, la vida que está tras el pensamiento, el movimiento y la esencia espiritual del pensador, se refleja instantáneamente y se repite a través del conjunto, por causa de la Unidad que es su naturaleza fundamental. En esa Unidad no hay tiempo, ni espacio, ni barreras.

La visión que no incluye el concepto del conjunto es imperfecta; el conocimiento que no esté basado en el concepto de la unidad es incompleto. Si bien el conjunto no puede ser visto por el hombre mortal, quien tampoco puede percibir la unidad, sin embargo el principio de la existencia del conjunto y el hecho de la unidad deben captarlo todos los que quieran ser videntes y conocedores de la verdad. En el reflejo del macrocosmo en el microcosmo está la clave de todo conocimiento, pues el todo puede ser percibido por medio de la parte, y por medio de lo individual puede captarse lo universal.

Este principio debe aplicarse en el estudio de lo espiritual y lo oculto. Sin él, todo conocimiento es como la cáscara que oculta la almendra del fruto del Árbol de la Vida. Por tanto el estudiante, oculto debe meditar sobre la unidad hasta que alcance cierta medida de la experiencia del conjunto. Desde la experiencia de este hecho esencial interno, puede entonces proseguir el estudio con comprensión las partes externas y relativamente no esenciales del conjunto.

La mente oscurece o ilumina, según el desarrollo evolutivo del pensador. En la infancia y adolescencia mental, la mente divide: en la madurez, une. En el análisis se pierde la verdad; en la síntesis se descubre de nuevo. Sin embargo las mentes infantiles y adolescentes deben necesariamente analizar para que logren conscientemente la síntesis. El peligro surge solamente cuando se continúa analizando únicamente, hasta llegar a la madurez en vez de aspirar a la síntesis. La mera recolección de hechos no puede iluminar la mente: el pensador debe convertirse en intérprete de los hechos antes de que pueda percibir la verdad. Desde los hechos debe proseguir hacia los principios y desde éstos hacia la verdad subyacente. La interpretación fiel exige pensamiento sintético basado en la comprensión del conjunto.

La humanidad está pasando de la adolescencia mental a la madurez intelectual. Científicos prominentes están empezando a interpretar espiritualmente los hechos materiales reunidos, y este es un signo de los

tiempos. Dirigentes religiosos, estadistas, y sociólogos, deben seguir el paso, no fijándose en la secta o fe individual, ni en la nación particular o estructura social, sino en el conjunto.

Ninguna religión contiene toda la verdad exclusivamente; ninguna raza u orden social exhibe todas las virtudes; empero, un conocimiento de la relación entre las religiones individuales y la religión misma, entre una raza particular o un orden social, y la humanidad en conjunto, revelará los principios sobre los cuales se basan todas las religiones y se fundamentan todos los órdenes sociales. A la luz de esta totalidad de conocimiento, puede encontrarse el sistema perfecto de creencia religiosa y el orden social perfecto.

CAPÍTULO XVI

EL FRAGMENTO Y EL CONJUNTO. EL MANANTIAL DE LA VIDA. LA NATURALEZA DE LA BELLEZA.

La relación entre el Absoluto y lo condicionado, entre lo infinito y lo finito, es un misterio para la mente condicionada. El cambio desde el Ser al devenir, y desde la Eternidad al tiempo, presenta un problema cuya solución elude a la inteligencia finita.

La no-manifestación no implica no-existencia; es existencia transmutada, potencia estática, energía despolarizada, consciencia en reposo, espíritu inmovilizado. Simbólicamente se representa la manifestación por una pirámide. La no-manifestación podría representarse por el punto, que es lo único que queda cuando los lados de la pirámide se recogen en el ápice y la base ha desaparecido.

La no-manifestación es la esencia más alta de la existencia, y en ningún sentido está separada de lo manifestado. En realidad estos dos estados son contemporáneos en que siempre hay un aspecto inmanifestado de la vida manifestada. Esto es cierto de toda expresión de la vida; cada reino de la Naturaleza está representado en el aspecto inmanifestado de la Vida omnipenetrante.

El hombre -que es un epitome del conjunto- tiene un aspecto suyo que está inexpresado. La personalidad no representa sino un fragmento del ego, y el ego sólo un fragmento de la Mónada, mientras que la Mónada no es sino una manifestación en el tiempo, como positiva y negativa, de aquello que es eterno y no-polarizado. La Mónada está en movimiento; lo inmanifestado no se mueve.

La evolución es un viaje que emprende aquello que no evoluciona, que no tiene tiempo, que no se mueve ni tiene dimensiones ---el Absoluto' desde lo inmanifestado pasando por lo manifestado, para regresar otra vez a lo inmanifestado.

En el amanecer de la manifestación Aquello que era Uno se vuelve Dos. Estos dos son espíritu y materia, vida y forma. Al proseguir la evolución, se hace más íntima la relación entre estos dos. Gradualmente la vida encuentra un modo cada vez más perfecto de expresarse por medio de la forma, mientras que la forma se hace más y más adaptable como vehículo para la vida. Hablando en términos de tiempo, la expresión de los impulsos vitales por medio de la forma se hace más rápida, hasta que llega a ser instantánea cuando la resistencia de la forma a la vida se ha reducido al mínimo. La vida aumenta firmemente en plenitud y poder de expresarse, gracias en parte a la experiencia que obtiene por medio de la forma, y en parte a que en realidad aumenta la

medida de vida que se manifiesta en la forma. Esto es tan cierto del sistema solar como del conjunto y del individuo.

El aumento en la medida de vida que se manifiesta, se efectúa por el mayor aflujo de vida desde su fuente y a través de una dimensión interior. En el corazón de la existencia, que está oculto pero dentro del sistema solar, hay un manantial de vida, por el cual afluye otra vida externa dentro del sistema solar a medida que este es capaz de recibirla. Cuanto mayor sea la facilidad y perfección con que la vida se exprese por medio de la forma, menor es la presión de la vida dentro del sistema. Al disminuir la presión, se abre la válvula solar dando entrada a nueva vida. Esta entrada continúa hasta copar el límite de la capacidad de la forma para la expresión de la vida. Puesto que este principio es universal, existe en lo más íntimo del hombre un manantial de vida, una válvula por la cual penetra la vida en su Mónada y su ego y su personalidad. Cada una de estas recibe de su fuente interior una medida de vida que va aumentando gradualmente según sea capaz la forma de recibirla y expresarla.

Modificada desde adentro por la presencia y la presión de la vida, y desde afuera por la experiencia, la forma se convierte gradualmente en un vehículo más perfecto, un canal más libre por el cual la vida pueda expresarse. Así se establece una relación más y más perfecta entre la vida y la forma.

La norma para medir esta relación es la señal externa de su armoniosa expresión de la Belleza. La belleza de la forma es la vida inmanente. Sin esa armonía interna no puede existir verdadera belleza. Cuánto más perfecta la relación, mayor la belleza.

La resistencia de la forma a la manifestación de la vida se reduce gradualmente según avanza la evolución. Al fin se alcanza la sincronización y los impulsos vitales internos encuentran expresión inmediata y completa por medio de la forma. Bajo esta condición tanto la forma como la expresión son supremamente bellas. Por tanto la belleza es la norma para medir el grado de evolución, es el sello de marca de la forma espiritualizada en cualquier reino de la Naturaleza.

El hombre espiritual se distinguirá por la belleza de sentimientos y pensamientos, expresada espontáneamente como belleza en la conducta de la vida.

La fealdad deliberada es una negación de la divinidad, una sumisión a la ley del Caos. Negar la belleza es negar a Dios. Quien cae en estos errores niega a Dios y por lo tanto lo aprisiona más profundamente dentro de si. Es un desertor que se ha pasado a la filas del Caos, un traidor al gobierno de la Ley.

CAPÍTULO XVII

LA GUERRA EN EL CIELO. LA GUERRA EN EL HOMBRE. VICTORIA.

El caos es el gran contendor del Orden, y durante la manifestación hay incesante conflicto entre los dos. Son los polos negativo y positivo de la manifestación, y no obstante en la Raíz Única, los dos son uno. La manifestación es una guerra incesante entre estos dos grandes antagonistas.

En el orto de la Creación reina el Caos, amo de los ámbitos del espacio. Al llegar al cenit, el conflicto está en su punto más alto, pues entonces las fuerzas oponentes son iguales en poderío. Sigue la gradual derrota del Caos, que se completa en el ocaso solar. Entonces reina el Orden, y en él ha sido absorbido --no destruido-- el Caos; las dos fuerzas se han unido y trabajan en armonía, (Una descripción musical gráfica de esto se encuentra en el Preludio al Oro del Rhin de Wagner).

La enfermedad es una victoria temporal del Caos. La guerra, el hambre y las pestes son signos del avance de sus ejércitos. Aunque sus ataques son destructivos para la forma, el Orden saca ventaja de ellos para la vida, dirigiéndolos prudentemente. La incesante batalla entre el Orden y el Caos mantiene el proceso de desenvolvimiento, y es el medio para el crecimiento.

El relato de la guerra en los cielos entre los Ángeles de la luz y los de las tinieblas, es una referencia alegórica a este hecho. El cielo se refiere allí a la etapa en la creación del sistema solar, cuando el Uno se vuelve Dos por primera vez: etapa que se repite en la existencia planetaria, lo mismo que en la individual. La guerra en el cielo es una guerra permanente, librada continuamente por los grandes contrarios, el espíritu y la materia, la vida y la forma, la universalidad y la individualidad.

En esa batalla no puede haber victoria final para ningún lado, pues el poderío de los dos es igual; empero la naturaleza y el plano del conflicto cambia, como cambian los de los ejércitos contrarios. Al principio la guerra se libra en regiones puramente espirituales, como en la alegoría de la guerra en el cielo. Gradualmente cambia el campo de batalla, moviéndose "hacia abajo" a través de los planos de la Naturaleza hasta llegar al físico, donde el conflicto está en su máximo.

El Gran Adjudicador observa la lucha, y cuando, como resultado de ella, se ha alcanzado lo que El ha planeado, traslada el campo de batalla "más arriba" a través de los siete planos de la Naturaleza hasta llegar al más elevado, el Espiritual, hasta que todo íntegro el séptuple universo ha sido sometido dos veces a la guerra entre el Orden y el Caos.

Este Armageddon macrocósmico se repite microcósmicamente en el hombre. Sucesivamente los siete principios del hombre son los campos de batalla donde se libra el gran conflicto. El crecimiento del microcosmos (el hombre) prosigue paralelo al crecimiento del macrocosmos: pues el hombre es a la vez una unidad en el ejército del Logos, y un logos para los siete principios que constituyen su propio universo compuesto también de muchas "vidas".

El Armageddon humano es perpetuo: en el hombre se libra constante guerra entre sus naturalezas espiritual y material. También está en conflicto con la materia del mundo en que vive, resistente siempre a su voluntad. Toda expresión suya, ya sea de la voluntad, del pensamiento, del sentimiento, de la palabra, o de la acción, produce conflicto. La vida determina, la forma se opone; la consciencia busca libertad, la materia confina. El artista, aun en el momento de más alta inspiración, está en conflicto con los medios de su arte, pues, como siempre, la materia se resiste a la acción del espíritu. Como uno de los resultados de la batalla, se desarrolla la voluntad, crece la sabiduría, y se ensancha la consciencia.

La materia y el espíritu comparten la victoria por igual. La materia, en el sentido de que el espíritu no puede hacer ninguna impresión permanente en ella; aunque quede cautiva por un tiempo, al fin se escapa. (Como el modelo en arcilla que hace el escultor; una vez que le ha servido para vaciar su obra, la rompe y vuelve a usar la arcilla para otra obra). El espíritu parece victorioso en que la materia se convierte en su servidora, en grado cada vez mayor; sin embargo, el espíritu pierde continuamente al no lograr jamás una victoria final.

Solamente Aquello, el Uno Solitario, obtiene victoria permanente. Aquello que está más allá del conflicto y sin embargo es la causa del conflicto: Aquello que no es ni espíritu ni materia y sin embargo es de la esencia de ambos; Aquello de donde emergen tanto la vida como la forma; Aquello a lo que ambas regresan. Aquello alcanza completamente su meta predeterminada.

El sempiterno conflicto alcanza su máximo en el hombre, pues en él está el campo de batalla sobre el cual empieza a alcanzarse el equilibrio de fuerzas. En los reinos subhumanos de la Naturaleza; la materia reina y el espíritu está aprisionado. En los reinos suprahumanos, el espíritu reina y la materia está dominada. La humanidad es, pues, la línea del frente de la batalla en este período de la evolución del sistema solar. Puesto que en el hombre arde la batalla más fiera, también en el hombre se logra la máxima proeza.

Los poderes espiritual, intuicional, e intelectual del triple Logos, por medio de su representación en el hombre, encuentran expresión autoconsciente como acción, sentimiento, y pensamiento, respectivamente. A medida que esa expresión se perfecciona, produce orden en los tres mundos más densos. Las fuerzas del Caos se ponen en orden de batalla contra el establecimiento de la ley. Su táctica consiste en tentar al hombre a vivir continuamente una vida personal en vez de universal: a actuar separadamente con móviles personales, en vez de cooperar para el bienestar del conjunto.

Bajo esta incesante tentación cae el hombre continuamente. Pero como cada caída produce dolor y limitación, este método de ataque resulta contraproducente. El hombre razona sobre las causas del dolor y las limitaciones; y al razonar aprende. A medida que aprende, la tentación a vivir por sí mismo en vez de vivir como parte del conjunto, pierde su poderío sobre él, y alborea en su consciencia la visión de la vida universal.

Entonces se libra más profundamente dentro de él un conflicto entre los aspectos personal y universal de su naturaleza. El aspecto personal, en el que la materia predomina, busca preservarse, engrandecerse, iluminarse. El aspecto universal, en el que el espíritu predomina, busca preservación, engrandecimiento e iluminación para la vida en conjunto. El Ser interno sabe, aunque al principio el externo no lo sabe, que sólo en esa consumación se alcanza la felicidad perfecta e ininterrumpida.

El yo personal externo del hombre, esclavo todavía de la materia y del tiempo y del espacio (atributos que reflejan en el Caos la trinidad espiritual) busca en las regiones de la acción, del sentimiento y del pensamiento, satisfacción material, temporal y localizada, que como unidad trata de agarrar, y no de compartir con el conjunto. El Ser interno y universal del hombre busca la culminación espiritual, eterna y universal, compartida con todo cuanto vive. Entre estos dos ideales no puede haber, componendas, y así otra vez la razón y la experiencia, instructoras del hombre, dan la victoria final al ideal universal.

Lentamente aprende el hombre que las mayores posesiones físicas, emocionales y mentales, ganadas para él solo, desaparecen inevitablemente dejando un rastro de descontento. Gradualmente aprende a buscar tesoros perdurables. Una vez comenzada esa búsqueda está asegurada la victoria del Orden sobre el Caos. La nueva búsqueda atrae poder adicional al Ser impersonal; y abre canales por los cuales afluye al yo personal.

Así llegan refuerzos, disminuye la influencia de la materia, y la ola de la batalla se torna en favor del espíritu.

En su constitución, en su meta, y en los medios de alcanzarla, el hombre es un epítome del universo. Puesto que el sempiterno conflicto es el medio de triunfar, puede considerarse a la humanidad como el frente de batalla, el sitio de prueba del universo; de ahí la dificultad de la vida humana. Aunque son grandes las dificultades del hombre, más grande aún, fuera de toda imaginación, es su recompensa. Ganada la batalla, el conquistador esgrime poder irresistible, entra en la felicidad inefable, y mora en sempiterna paz.

CAPITULO XVIII

DIOS GEOMETRIZA. SIMBOLOS ESPIRITUALES EN LOS REINOS MINERAL, VEGETAL, ANIMAL Y HUMANO

La simetría es una expresión de la unidad de la vida, y de su distribución igual como una esencia omnipresente que penetra todas las cosas. La forma es una expresión de la relación entre la vida y la materia. Todas las formas naturales están configuradas simétricamente.

La esfera es la expresión dinámica más perfecta de la relación de vida a forma. El cubo es su expresión estática perfecta; girando sobre una de sus puntas produce una esfera, símbolo de la forma y la vida unidas.

La pirámide expresa la evolución de la primera dualidad en manifestación perfecta. El ápice es el punto primordial, la válvula a través de la cual pasa al universo la vida eterna. Al pasar por ella se somete al acondicionamiento de la materia. Esta corriente hacia afuera es cuádruple y se expresa simbólicamente por los lados que se abren de la pirámide. La base, un cuadro, representa el mundo físico. El ápice, un punto, representa la región manifestada más elevada, la fuente de la existencia. La simetría perfecta de la figura en conjunto expresa la ley perfecta por la cual la vida se manifiesta en formas. Los lados que pueden extenderse infinitamente indican las posibilidades ilimitadas de la evolución de la vida y de la forma.

Vista de esta manera la pirámide, simboliza la verdad que está tras de la manifestación. Es un símbolo del Tercer Aspecto del Supremo, la relación entre vida y forma, entre espíritu y materia.

La vida perfecta en cualquier reino de la Naturaleza expresa esa relación tan completamente como lo hace la pirámide. El mineral está compuesta de cristales formados y arreglados con precisión geométrica. La planta crece conforme a principios geométricos, y su flor es modelada sobre una forma geométrica fundamental como la cruz y la estrella. En su modo de crecer exhibe la espiral y el cono.

Por medio de símbolos la vida vegetal en su estado natural, retrata a perfección el principio de su propia existencia, la ley de su ser, que es la que gobierna la relación entre la vida vegetal y la forma vegetal.

En el reino animal, donde hay consciencia grupal pero todavía no hay consciencia individual completa, debe alcanzarse la individualidad. Aquí aparecen las modificaciones e imperfecciones de la forma, y, no obstante y a pesar de las imperfecciones, se encuentra un simbolismo completo. La espina dorsal y las piernas forman tres lados de un cuadro o paralelogramo, cuyo cuarto lado lo forma la superficie del suelo y las líneas de fuerza que conectan

los miembros delanteros y traseros. El cuello y la cabeza que sobresalen, simbolizan el crecimiento resultante del esfuerzo de la vida interna por encontrar nuevos modos de expresarse por medio de nuevos tipos de forma. Aquel principio que fue la flor en la planta se expresa como la cabeza del animal; y aquel que fue las raíces, está ahora simbolizado por los pies, todavía apegados a la tierra pero movibles. La espina dorsal y las costillas muestran una cruz de muchos brazos, a la vez que el contorno y corte de cada hueso indican símbolos fundamentales.

La cabeza del animal, saliente del cuerpo, refleja en forma microcósmica la existencia de consciencia y vida fuera del sistema. Corresponde al ápice de la pirámide; a la válvula por medio de la cual la vida, que está más allá, puede llegar hasta la vida que está ya dentro. Así como el sistema se estira hacia la vida que afluye, así el animal estira su cabeza, buscando experiencia individual, sensación, pensamiento y vida.

Que la materia busca la vida es una verdad fundamental: a pesar de su resistencia siempre evoca la vida, pues esa es su manera de responder al afán evolutivo, el impulso de la voluntad creadora hacia la perfección. En el mineral aparece este impulso como afinidad química: en la planta como crecimiento hacia arriba y como polaridad sexual elemental y actividad; en el animal, como el estiramiento de la cabeza y como el sexo. y como respuesta a la emoción y al pensamiento.

La espina dorsal en los vertebrados es el símbolo físico de la Voluntad Única, directa en su acción y sin embargo flexible. En el hombre, la postura vertical y los brazos extendidos forman la cruz que muestra la vida manifestada en la forma. Con los pies separados y los brazos extendidos hacia los lados, y la cabeza y la espina erectas, el hombre traza un pentágono, símbolo de la vida liberada. Este, como ya se dijo, es un símbolo que rige en el reino vegetal en el cual la vida ha logrado libertarse de la inercia mineral. El hombre, liberado de la instintiva consciencia grupal del animal, y con individualidad consciente, también muestra el signo de la vida liberada. No inconscientemente como en la planta, ni tampoco en su postura normal, sino solamente cuando abre sus brazos para ayudar a sus hermanos, formando así el signo de la cruz del sacrificio. El símbolo regio resplandece dentro del hombre interno cuando el signo sacrificial aparece en el externo.

CAPÍTULO XIX

DE HOMBRE A SUPERHOMBRE. EL SIMBOLO DEL CONO. LA MENTE OMNI-PENETRANTE.

La relación entre la vida y la forma (inconsciente en el mineral, e instintiva en la planta y en el animal) se manifiesta en el Hombre como percepción auto-consciente. Lo que diferencia al hombre de los reinos sub-humanos de la Naturaleza, es que en él está completa esta tripiicidad. El hombre es el primer logos microcósmico, y por tanto debe aprender ese arte que el Macrocosmos exhibe tan perfectamente, de mezclar vida y forma, de manifestar el espíritu por medio de la materia. La tarea del reino humano es perfeccionar la técnica de moldear la materia a voluntad del espíritu. Cumplirla depende de que el hombre reconozca al Supremo como Trabajador Único y Le ofrezca el mínimo de resistencia y el máximo de adaptabilidad a Su actividad.

La perfecta adaptabilidad exige ausencia de inhibición a impulsos interiores que surgen en la consciencia como resultado de la actividad del Supremo. Debe haber entrega completa a esa actividad, un constante escuchar interno y vigilancia para poder captar el propósito del Trabajador Único y llevarlo a cabo. La capacidad para aislarse totalmente del mundo externo y para obrar con desinterés completo, son factores esenciales para establecer una armonía absoluta entre la inteligencia directora Única y la consciencia individual del hombre.

Quien desee elevarse de hombre a superhombre debe aprender a responder libre y continuamente a la iluminación y a la intuición, y dar expresión inmediata y sin trabas a lo que ellas le indican para la conducta de su vida. Debe practicar la ciencia de iluminarse y el arte de la intuición, hasta hacerse experto en ambos. La fuente de todos sus actos, el motivo para todo su trabajo, debe venir exclusivamente de aquellas regiones internas de su consciencia donde nacen la iluminación y la intuición.

Logrando esto, el superhombre exhibe el símbolo del cono, el cual es la pirámide con todo lo que ella implica, girando con estabilidad giroscópica sobre un eje central. Al girar, desaparecen líneas y ángulos; el cuadro de la base se convierte en círculo, los dos se hacen uno. Por lo tanto el cono es el símbolo del arte perfecto de relacionar vida y forma. La fuente, que era el ápice; las fluyentes líneas de vida, que eran los lados; y los mundos materiales, que eran la base, se han vuelto una sola cosa al girar toda la pirámide en respuesta perfecta a la vida descendente.

El cono, en forma y función, es producido primero por el impacto del espíritu sobre la materia. El átomo es en realidad un cuerpo en forma cónica, un vórtice torbellineante en materia etérica, un embudo que transmite energía.

Los átomos son de dos clases: una formada por energía que va hacia afuera, y otra por la que regresa. El embudo atómico opera automáticamente; el superhumano opera auto-conscientemente, pero con igual perfección.

El sistema solar puede concebirse correctamente como en forma de embudo. En las dimensiones más elevadas se percibe un inmenso cono giratorio. Paradójicamente, la abertura mira en todas direcciones. El eje señala siempre hacia el que lo mira. En las dimensiones más bajas, aparecen muchos embudos, que crecen en número hasta en el nivel físico cada átomo es un embudo y todos juntos forman el embudo mayor que es el modo de manifestación de la energía del Supremo.

El sistema solar a su vez es parte de un grupo superior de embudos que todos juntos forman una gran unidad, una de muchas que forman un cosmos. Los cosmos se combinan en aquella unidad última que es e incluye el conjunto.

La forma de embudo es una manifestación de fuerza del Aspecto del Ser como Inteligencia, que todo lo penetra, que está presente en todo átomo de todo mundo. Se manifiesta individualmente por medio de inteligencias incorporadas de diversos grados de desarrollo. Es un Ser, aunque de una índole incomprensible para el hombre. Es el Pensador del sistema solar; el intelecto guiador de todos los procesos naturales.

Este "Ser" es el Gran Diseñador de todas las formas, que construye los arquetipos sobre los cuales se modelan todas las formas, configurándolas más y más perfectamente como vehículos para la vida. Los arquetipos de un sistema no están separados de su Creador, son manifestaciones objetivas de Su Consciencia; ni tampoco están separados de las formas evolucionantes en sus expresiones materiales. Son los eslabones entre la consciencia del Diseñador y su expresión objetiva en variadas formas; síntesis de la esencia de ambas cosas; manifestaciones modificadas de una intención creadora como la que se expresa en la región intermedia del pensamiento abstracto.

El Gran Diseñador, Arquitecto, Artista y Modelador, omnipresente en todo mundo, es también el Matemático Maestro. Sus arquetipos son ecuaciones, la fórmula de la creación. También es el Químico Maestro; los elementos químicos, con sus afinidades y repulsiones, son el producto de Sus experimentos en Su laboratorio solar.

El es la Mente Omnipresente; el Intelecto Omnipenetrante; el Administrador de la Ley conforme a la cual se cumple el propósito de la existencia.

CAPITULO XX

EL MINISTERIO DE LOS ANGELES. EL MINISTERIO DE LOS ADEPTOS.

En sus labores cónicas, el Supremo como Padre, Hijo y Espíritu Santo. O sea como Creador, Preservador y Productor de Formas, es asistido por las huestes angélicas, quienes desempeñan la tarea dual de activadores de la vida y de constructores de las formas. En todas las cosas vivientes están representados los tres Aspectos del Supremo en diversos grados de auto-consciencia despierta. En el reino mineral están dormidos en lo que se refiere a actividad externa; en el reino vegetal sueñan; en el animal despiertan, y en el humano buscan la auto-consciencia mental. En el Adepto están plenamente desarrollados y en manifestación perfecta.

En los reinos mineral y vegetal las huestes angélicas suministran vicariamente la auto-consciencia de los tres Atributos, que todavía no ha despertado. Los “resplandecientes” Ángeles de las filas más elevadas han llegado a ser incorporaciones perfectales de esos Atributos, los cuales transmiten por medio de sus órdenes subordinadas hasta los espíritus de la naturaleza que auxilian a la adormecida consciencia y ayudan a construir las formas del reino mineral. El poder activador del Supremo obra así por medio de las huestes angélicas sobre la consciencia adormecida en la roca, en el metal y en la piedra preciosa, haciéndola soñar y ayudándola a progresar hacia el nacimiento de la auto-consciencia: Este servicio lo presta la jerarquía angélica edad tras edad, desde el amanecer mismo de la vida solar y de la existencia planetaria; suministrando vicariamente el eslabón auto-consciente entre la trinidad universal de poder en las regiones superiores de consciencia, y el aprisionado Dios Trino que duerme inconsciente en el reino mineral.

En el reino vegetal son más evidentes los resultados de este servicio que en el mineral. La consciencia y la forma del vegetal son más responsivas a los estímulos que en el caso del mineral. En el mineral la respuesta es casi en su totalidad al aspecto como Poder del Supremo y de las huestes angélicas. En la evolución vegetal, que produce sensibilidad, entra a desarrollarse en el aspecto Sabiduría. La influencia de los ángeles de la región emocional se aplica, y ocurre el despertar emocional.

En el reino animal, donde la respuesta a los estímulos es aún mayor, la influencia de la mente se aplica por medio del aspecto de Inteligencia, tanto immanente como angélica. Esta influencia superior, que primordialmente viene del nivel causal, opera sobre el reino animal por medio de la consciencia grupal, pero siguiendo por dentro de la corriente de vida monádica y mediante los átomos permanentes, o sean los átomos simples de los siete planos adheridos a toda Mónada. (Véase *Estudio Sobre la Consciencia*, por A. Besant.) Incluye la asistencia angélica al nacimiento de la individualidad.

En estos tres reinos los espíritus de la naturaleza están especialmente activos, aunque con resultados que varían grandemente. Los gnomos del elemento tierra, junto con todas las subdivisiones diversas, razas y tribus, de espíritus de la tierra, representan el aspecto Poder del Supremo y de la jerarquía angélica. Este poder lo transmiten y aplican instintivamente, mediante sus labores de constructores bajo la influencia productora de formas de la Mente Universal. La inteligencia Una ordena y dirige sus varias actividades, en tanto que la Voluntad Una las estimula a la acción constante.

Gracias al poder creador de la Voluntad Una, del cual este orden de las huestes angélicas es una incorporación en su reino, cada acto suyo contiene una potencia natural productora de formas, y libera una energía activadora cuya influencia está fuera de toda Proporción con su inteligencia y su sitio en la evolución. Las construcciones moleculares básicas y las formaciones cristalinas del reino mineral son en parte el resultado de la influencia de la energía creadora o poder del Verbo sobre la materia libre, y en parte de la masa de “poder del pensamiento” de grupos o tribus de espíritus de la naturaleza. Ese “poder mental”, que es un “relevo” instintivo de la Mente Universal y de los miembros superiores de su jerarquía, es altamente formativo y produce formas en los mundos emocional y etérico. Tales formas son los modelos de los primeros minerales sólidos. Brotan en la consciencia grupal de los espíritus de la naturaleza, proviniendo de la Mente Universal en la que estos modelos existen como arquetipos. Son potencias vivas, fuerzas modeladoras, con cada una de las cuales está asociada una orden de ángeles cuya cuerda o nota vibratoria natural es la del arquetipo.

La preparación y el perfeccionamiento de estos arquetipos ocupan un vasto periodo de tiempo al iniciarse cada nuevo esquema de evolución. Durante épocas sucesivas son proyectados plano por plano hacia el mundo material. Esta proyección consiste en lanzar sus energías emitidas en longitudes de onda características sobre la materia de planos sucesivamente más densos. Los ángeles constructores absorben y transmiten la fuerza del Verbo o sonido creador, el cual al golpear la materia de los planos la hace tomar formas típicas o correspondientes. Esta transmisión del Verbo llama a ciertas órdenes adecuadas de ángeles constructores y de espíritus de la naturaleza a la tarea de ayudar a producir y luego a perfeccionar las formas. Al fin se llega al plano más denso, cuya materia irresponsiva asume lentamente la forma deseada.

Es de presumir que sin esta ayuda de las huestes angélicas y espíritus de la naturaleza el proceso de la creación se llevaría a cabo bajo la operación lenta y automática de la ley de resonancia; pero el tiempo que tomaría sería muchísimo mayor. Se pueden imaginar esquemas de evolución en que esté ausente esta ayuda, y otros en que se preste más efectivamente. Por tanto es cierto que los procesos de la Naturaleza, estando perfectamente planeados, son perfectos de por sí. Sin embargo, en este planeta al menos, e indudablemente en este sistema solar, el ministerio de los ángeles es una realidad, y acelera el cumplimiento del plan divino.

Una vez alcanzada aquella individualidad que es la meta de la evolución animal y que señala el nacimiento del ego humano, el auxilio angélico al reino humano se limita en gran parte a la construcción y mantenimiento de los cuerpos, y a la construcción y ajuste del mecanismo de la consciencia. El hombre tiene el poder de continuar solo hasta la siguiente fase de su evolución; ningún agente externo, no humano, puede darle ayuda interior. La diferencia intrínseca de vibración entre el individuo humano y el angélico es normalmente demasiado grande para permitir su sincronización interior.

Al nacimiento de la individualidad se da la nota distintivamente humana. Aunque los ángeles asisten al nacimiento y ayudan a construir y afinar el instrumento, no obstante una vez que la Mónada humana da la primera nota, de ahí en adelante sólo el hombre puede vibrar sincrónicamente con el hombre. De modo que cuando el ego humano ha sido formado, el auxilio espiritual se vuelve responsabilidad de quienes están más adelantados en el sendero de la evolución humana.

Así como a través de la evolución eónica del poder y la vida y la consciencia por medio de los reinos mineral, vegetal y animal, se suministra ayuda, también en el reino humano la infantil humanidad es guiada e inspirada por sus Hermanos Mayores. Durante su infancia en la tierra, grandes Señores, elevados Adeptos, con bandas de discípulos, descendieron del planeta Venus a emprender esta tarea. (Véase *El Hombre: De dónde, Cómo y Adónde*, por A. Besant y C. W. Leadbeater.) La vida animal había alcanzado la etapa humana; la forma humana bípeda había sido evolucionada con la ayuda angélica; pero faltaba el eslabón del intelecto despierto, esencial para la provechosa expresión del Ser trino recién nacido.

Los señores de Venus eran superhombres que habían completado la evolución mental.

Ellos podían, pues, encender en otros el fuego de la mente, plenamente encendido en Ellos. El instrumento mental humano estaba construido con ayuda angélica siguiendo el modelo del arquetipo; empero ninguna música brotaba de la lira de cuatro cuerdas 'del vehículo mental, pues el ego recién nacido no sabía tañer las cuerdas. Los Señores de la Llama de Venus prestaron una ayuda doble, afinaron la lira de la mente humana en la tierra, y, dando la primera nota, despertaron al ego humano al conocimiento del instrumento mental. De ahí en adelante Instructores Adeptos guiaron a la infantil raza y la guían todavía. Su Presencia visible, ya no necesaria, se retiró hace mucho y desde entonces Ellos han estado guiando a la humanidad invisiblemente, excepto por las raras visitas del Señor de Amor como Fundador de las grandes religiones mundiales.

El progreso humano prosigue en senda espiral, y cuando se acerca a su plenitud el ciclo de desarrollo material, el hombre entra, a un nuevo ciclo de crecimiento espiritual, en el cual él es espiritualmente "como un niño". En su niñez espiritual, tal como en su infancia material en lejanos días, recibe ayuda externa, y otra vez ve a su Maestro cara a cara. La guía externa se renueva en el

ciclo de desenvolvimiento espiritual, y se establece la relación de discípulo y Maestro.

“Cuando el pupilo está listo, el Maestro aparece”.

L' ENVOI

PAZ. BELLEZA. EL DIOS TRINO.

Pureza, fortaleza, estabilidad; estas tres cosas forman la base triple sobre la cual puede establecerse en el alma la paz incommovible. Paz, serenidad, equilibrio; estas cosas son esenciales al bienestar del alma. Sin ellas la vida es vana, el triunfo es nulo, el buen éxito un sueño solamente. Sólo en la quietud puede alimentarse el alma, sólo en el silencio puede lograrse la unión. La calma interior provee un retiro seguro, un puerto seguro, una defensa inexpugnable contra el ruido externo. Este debe servir como estímulo constante para alcanzar la paz interior.

En las tinieblas de la noche universal nacen los mundos solares. En las tinieblas de la tierra ocurre la germinación de la semilla y el nacimiento de las plantas. En la oscura entraña maternal se forma el cuerpo del niño. De la oscuridad absoluta emergen soles, globos, plantas y hombres a la luz. De ahí en adelante cada uno da su propia luz que fue encendida en las tinieblas de la noche creadora. Y así también la silenciosa iluminación del alma, pues en su significación espiritual, oscuridad y silencio son una misma cosa.

En tierras de occidente el crecimiento del alma es obstaculizado por el ruido. En el Oriente se entiende el valor del silencio, se conoce el poder de la paz, y allí todavía puede vivirse la vida silente. En el Occidente cada alma ha de crear su propio silencio y aprender a morar en él. El ruido destruye la armonía esencial a la belleza del alma. Distorsiona el contorno de todas las formas que crecen; destruye su encanto estropeando la "afinidad" entre el modelo arquetípico dado por la Mente Universal, y la forma que ha de evolucionarse en el taller del mundo. Las miríadas de fuerzas que el Artista Supremo emplea; los espíritus auxiliares que dirigen el curso de esas fuerzas; inteligencias grandes y pequeñas, auto-conscientes e instintivas, constructores cósmicos y atómicos; todos estos seres dependen del ritmo, del afinamiento completo, para la perfección de su obra.

La discordia produce fealdad. Y no las armonías dulces de la vida humana vivida pacíficamente, ni el sonido del trabajo humano, ni la música de voces, ni el sonido de las herramientas usadas en paz y dirigidas por una mente en tranquila paz con Dios, pues todas estas cosas forman un acompañamiento grato a la música gozosa del alma. Pero los ruidos artificiales de una vida artificial, los sonidos discordantes de una actividad frenética, febril y no natural, estas cosas producen fealdad y destruyen la paz. Quienes están obligados a vivir en medio de estas condiciones deben aprender a neutralizarlas desarrollando una paz interior firmemente basada en la pureza, la fortaleza y la estabilidad.

No puede haber iluminación espiritual sin silencio y recogimiento y paz interna. Por tanto el aspirante debe ser puro y estable, pues en la pureza y la estabilidad mora la paz.

Aunque la vida eterna es la real, y la vida temporal diaria la irreal, quienes quieran hollar el sendero espiritual no están de ningún modo libres de la obligación de hacer supremamente bella la vida diaria y el mundo circundante. Deben considerar la vida como una obra de arte, y diariamente embellecerla más.

Cada vida humana es parte de una gran obra de arte que el Artista Supremo crea continuamente. La perfección de Su obra depende de la perfección de cada vida humana. Cuando el hombre estropea la vida con la fealdad, la vida del Artista Supremo también sufre. Cuando el hombre se degrada, el Supremo Artista también es degradado pues no hay sino Una Vida, Un Artista, y Una Obra de Arte.

No puede, por lo tanto, ignorarse la conducta, ni descuidarse la ética. La ética es de importancia suprema, pues no puede haber belleza perfecta sin conducta perfecta, basada en los más nobles ideales éticos. Esta verdad se aplica a todas las cosas en la vida, las más grandes y las más pequeñas; al trabajo de una vida lo mismo que a las rutinas diarias; a los setenta años que forman una vida, y a los días y horas sueltos de que consisten esos años.

La belleza es esencial a la expresión libre de la vida. La fealdad la impide: La belleza debe ser manifestada y convertirse en la nota clave de la nueva era. Es la clave de la felicidad, y sin ella la vida fracasa, las civilizaciones se desmoronan, las razas mueren, y los individuos se agostan.

La belleza es el evangelio de la nueva era. Para el artista este conocimiento no es nuevo; para el estadista, el educador, el científico, y el sacerdote, es todavía apenas un lejano ideal. Estos modeladores de las vidas de las naciones deben aprender a ver la necesidad profunda de establecer la belleza en el centro y en la circunferencia de toda comunidad civilizada. Así pueden ser llevadas las naciones del materialismo a la espiritualidad. La belleza las llevará de la mano. Lo Real es esencialmente bello, y la búsqueda de la belleza será un peldaño para alcanzar la realidad.

La belleza es una manifestación universal de la vida del Supremo, que es omnipresente, la Unidad tras la diversidad, la Verdad original y paternal.

FIN